LAS SOMBRAS DE LOYOLA

OBRAS DEL AUTOR

El perro negro..... 1,50 ptas.

Vieja España (prólogo de B. Pérez Galdós)..... 2,50 »

Nicéforo el Bueno (novela)..... 3,00 »

La Virgen de Aráuzazu (novela)..... 3,00 »

Tierra argentina..... 3,00 »

JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA

LAS SOMBRAS DE LOYOLA

MADRID
V. PRIETO Y COMPAÑÍA, EDITORES
Princesa, núm. 77.
1911

ES PROPIEDAD

Imp. de Prudencio Pérez de Velasco, Campomanes, 4.

CAPÍTULO PRIMERO

La patria de San Ignacio.

Para llegar á la villa de Azpeitia ha de usarse la carretera forzosamente; el ferrocarril queda lejos de la patria de San Ignacio. Es como si los jesuítas hubiesen procurado librar á su «ciudad santa» de todo contacto con la peligrosa y revolucionaria locomotora.

La mayoría de los viajeros entra en Azpeitia por la parte del mar, viniendo de Cestona; yo he preferido entrar por la parte de Zumárraga, para cruzar de ese modo el salvaje y solitario valle del río Urola.

La carretera sigue el curso del río paralelamente y sin abandonarlo un momento, como un fiel amigo que procura acomodar sus pasos con los del compañero. Laderas eminentes, plantadas de maleza, limitan el barranco por donde se escapa el río, y entre las malezas y los eriales, rompen á tre-

chos la soledad esas amables caserías vascongadas, blancas sobre el campo verde, solitarias en medio del revuelto país, situadas á la orilla de los regatos ó en la cumbre de las colinas, como si vigilasen el desorden y amontonamiento de las rebeldes montañas cantábricas. Parecen pacíficos pastores de un rebaño de cumbres.

Suenan las campanillas de los caballos con aquel aire arcaico é inconfundible de las viejas diligencias; el mayoral entretiene su viaje con una canción que nunca termina del todo, ó con algunas modestas blasfemias, y bajan el río y la carretera por la angostura de la cañada, tropezando en la presa de un molino ó en el zaguán de una venta. Las aguas descansan en el remanso, los carreteros en la venta; después corren todos por la cañada abajo, cantando como mejor pueden, tanto las aguas como los viajeros.

Y aquí llegamos á Azcoitia, pueblo pacífico y agricultor. Todas las casas se asoman á la carretera. El pueblo es una larga y única calle, y en los portales están los hombres del pueblo construyendo alpargatas, en cuya industria son muy diestros, mirando, mientras cosen sus trenzas de yute, las cosas que transitan por la carretera: ahora un automóvil, ahora una pareja de la guardia civil ó una banda de bohemios trashumantes.

Después el valle se ensancha un poco más, y hasta existe un espacio que podría llamarse vega. En esta vega se levanta el célebre monasterio de

Loyola. Próximo al monasterio tiene su asiento la villa de Azpeitia.

Todo pueblo célebre posee un algo de inmaterial que le rodea por encima de lo transitorio y positivo; ese algo inefable viene á ser lo que la aureola en la cabeza de los Santos. Sobre todo, existen pueblos que tuvieron la suerte de parir algún hombre extraordinario, y sucede que el genio de este hombre se mantiene flotando encima de su pueblo matriz, á la manera de una aureola mística, y no podemos penetrar en el pueblo sin sentirnos envueltos por la aureola, poseídos por el espíritu del hombre ilustre. Si entramos en Florencia, en seguida nos vendrá á rodear la personalidad del Dante; si vamos á Avila, nos recibirá, igualmente, Santa Teresa. Entramos en Azpeitia, y nos sentimos como preñados de la persona de San Ignacio.

Aparte la acción imaginativa que nosotros pongamos, nos facilitarán el recuerdo todos estos indicios que los padres jesuítas han ido reuniendo en torno á la cuna del fundador. La villa de Azpeitia está llena de piadosas recordaciones; si la imagen no fuera irreverente, diríamos que en Azpeitia «se huele á San Ignacio». Toda esta atmósfera se siente embargada por el hálito espiritual de su ilustre hijo.

Pero si en cualquier día del año se ven estos lugares frecuentados religiosamente, hoy, día de Viernes Santo, aumenta la presión religiosa. Mar-

ca las doce el reloj de la iglesia, y las gentes se preparan á comer. Sin embargo de que la hora, en esta alegre mañana de Abril, induce á sentimientos gozosos, las personas que se cruzan conmigo parece que vuelven de un funeral. Hombres y mujeres visten de negro; todos tienen los rostros compungidos. La pesadumbre del Viernes Santo cae sobre las pobres almas de estas gentes y las oprime y abruma.

Un poco más tarde en las calles del pueblo no ha quedado un alma; es la hora de la comida, función que en los pueblos se verifica simultánea y puntualmente, como en un falansterio. Flota un silencio sedante en la villa. Es un día claro de Abril, y la primavera se anuncia con un templado viento Sur, un amable y ágil viento que hace temblar de gozo á los arbustos.

Mientras en el aire se inicia la primavera, las casas del pueblo se hunden en un pesado soliloquio secular. Son casas infanzonas casi todas. Sobre los grandes portalones campean sendos escudos nobiliarios, como testimonio de una edad en que estos sencillos vascongados tuvieron que pagar su tributo á la manía hidalguesca ó aristocrática. Si el hidalgo es una creación española, en ninguna parte de España hubo nunca tantos hidalgos é hidalgüelos como en este rincón cantábrico, nido de gentes orgullosas, puntillosas, roídas de ambición y vanidad.

¿Y aquí, en este humilde valle, fué en donde se

fraguaron los gérmenes de la poderosa Compañía? Vivía Íñigo de Loyola en su casa mayorazga, apartado del mundo, viendo cómo los prados se cubrían de margaritas en los claros días de Abril, y bajando á cogerlas y á jugar inocentemeute. Las montañas le cerraban el horizonte; la peñascosa y adusta cumbre de Izarraitz parecía querer tragarse el pueblo; sus ojos de muchacho no alcanzaban á abarcar otro mundo, sino este mundo pequeño que rodeaba su casa. Una vega poco ancha, un río, unos sembrados pequeños. Por la primavera se llenaban de blancas flores los manzanos, como una nieve ideal; saltando el río, los montes se echaban encima: por todas partes los montes venían á cubrir el valle, como si tratasen de incomunicarlo con el mundo.

Sin duda que nuestra alma tiene la condición de la mujer, que cuanto más la privan más fuerte es su curiosidad. Y si á un alma fogosa le ha dado el destino la facultad de la ambición, y si la naturaleza le cierra á esta alma el horizonte visible, ¿qué ocurrirá? Entonces el alma saltará por encima de los montes, traspondrá el horizonte visible, y con ayuda de su facultad soñadora, todos los horizontes le serán abiertos.

Así Íñigo de Loyola saldría á jugar por estas laderas, y bajo los robles y castaños, en el misterio de este país reconcentrado, su alma trasponía las barreras naturales y se marchaba á galopar por las llanuras ideales del mundo.

La casa solariega de sus padres, casa ilustre que capitaneaba el bando de los *Oñacinos,* se levantaba en el centro mismo de la vega de Azpeitia, en el lugar más risueño del valle. La casa está en pie todavía, pegada al monasterio ó, mejor dicho, incluída y cobijada dentro del monasterio. Hasta la mitad de su altura, los muros son de fuerte y tosca piedra sillar; arriba, por la parte menos expuesta á los ataques del enemigo, los muros están hechos de ladrillo rojo y forman algunas filigranas ó arabescos.

Una ancha escalinata da entrada majestuosa al monasterio, y un pasillo lateral conduce á la puerta de la casa natal de San Ignacio. Sobre el dintel de la puerta ojival está grabado el escudo de los Loyolas: un caldero colgando de una cadena y dos lobos rampantes. A un lado de la puerta se ve una estatua en bronce del santo; aparece armado de todas sus armas, la lanza enhiesta en una mano y la espada tendida en la otra mano, como en forma de entregarla; mientras tanto, sus ojos se vuelven al cielo en una mirada de rendición. Por dentro de la casa hay muchas capillas lujosas, hechas de oro y plata; pero su riqueza no las añade valor artístico, del cual están exentas en absoluto.

Desde lo alto de su casa solar, el joven Íñigo tendería la mirada por el contorno, abarcando la brevedad de su patria vascongada. Somos hijos de la tierra, y de la tierra nos llega la raíz de nuestros futuros desenvolvimientos; la esencia del pai-

saje que nuestros ojos ven desde niños, repetida é inconscientemente, viene luego á formar la esencia de nuestro espíritu. El paisaje que los ojos de Íñigo miraban en la niñez, á lo largo de sus cortas correrías, está compuesto de dos formas, de dos aspectos antagónicos: el paisaje vasco puede designarse con la palabra *risueño* y con la palabra *trágico*. Es un paisaje que tiene dos caras, como el dios Jano. Cuando el cielo se entolda, todo el país se vuelve sombrío, reconcentrado y húmedo; de este paisaje sale el lado del alma vascongada, que se significa por la pasión, el fanatismo, la reconcentración obstinada de las ideas. Y cuando el cielo se aclara, todo el país parece que se sonríe. De este lado del paisaje proviene el matiz epicúreo, alegre y sano que muestra una porción considerable de la raza vasca.

Ved un día de lluvia en los montes vascos.

Las nubes entoldan el cielo completamente; ni una rendija de claridad se abre en ese cielo plomizo, pesado, que gravita sobre las montañas como una losa. Parece que ha de poderse tocar el cielo con las manos, de tan oprimente como es y tan bajo que está. Los valles se muestran semejantes á hendiduras preñadas de humedad, y los barrancos trazan su curso sinuoso entre las montañas, como si quisieran escapar de tanta tristeza y de tanto agobio. En lo hondo de estas encañadas suele haber un pueblo; un río baja corriendo junto á la carretera enlodada; suele haber también en el ba-

rranco algún molino cuya muela chapotea monótonamente, ó alguna fábrica que muge con toda la sorda fuerza de sus máquinas. A través de los ventanales de la fábrica, en mitad del día, se ven brillar los focos eléctricos; es aun de día, y ya la penumbra invade el país. Una chimenea muy alta eleva su lenta y negra columna de humo, que va alzándose por encima del campo hasta confundirse con el plomo del cielo.

En estos sinuosos valles hay extensas laderas plantadas de argomales, ó de bosques de hayas cuyas ramas se aguzan y alargan hacia el cielo. Y hay unas caserías grises, que están allí perdidas, abandonadas, y que miran, con sus ventanas semejantes á ojos atentos, la opacidad del paisaje. No se oyen ruídos, cantar de pájaros, rumor de personas; parece que la vida se ha detenido, y que todos, lo mismo los seres como las cosas, se hallan absortos en un ensimismamiento de la propia personalidad. Los montes, los árboles, todas las cosas inmóviles, adquieren personalidad extraña. Se diría que todo piensa, recuerda, calla y se recoge dentro de sí. Es como si aquel conjunto de cosas y de seres tuviera un alma común, alma silenciosa y abstraída que sueña, que no se cansa de soñar, y que se hunde en su misma profundidad, buscando la esóterica interpretación de su destino.

Cuanto más cae la tarde, más profundo se hace el silencio. Es una impresión mística la que ema-

na el paisaje entonces, y las cosas más absurdas ó groseras adquieren como un aura de idealismo. Gotean los árboles, gotean los aleros de las casas; las rocas y los arbustos gotean continuamente. Oyese el gogloteo de los henchidos arroyos; óyese, tal vez, el chirriar de los carros campesinos en la montaña, y á veces rompe la calma del campo el golpe grave de la campana de una iglesia, una iglesia muy grande, que tiene una torre muy maciza, alta y negruzca.

Nadie pasa por los caminos; en la calle del pueblo no se ve á nadie; simula que el mundo duerme. Pero en la calle del pueblo suele haber una taberna con las ventanas cubiertas por cortinillas rojas; y cuando la puerta se abre, surge de allá dentro un rumor extraño, pastoso, mezcla de voces hombrunas y de chirrido de sartenes en que se fríe la merienda. O sale acaso, como una ráfaga sentimentál, la música de un acordeón, á cuyo instrumento son tan aficionados los vascos.

¡Qué misterio, qué desconsolada poesía tiene la voz de los acordeones que suenan en los pueblos dormidos, en la hora crepuscular, en la hora del tedio y de la bruma! ¿Existe algún instrumento tan triste como el acordeón? La música está acondicionada para los climas hiperbóreos, para gentes ensimismadas; es una música que sugiere el recuerdo de la nieve y de los mares helados; una música para melancólicos ó para suicidas. Sin embargo, el acordeón de esa taberna del pueblo está

ensayando un canto alegre, un compás de baile; pero el ágil canto, al ser interpretado por el melancólico instrumento, adopta inflexiones de infinita amargura. Si acaso toca un aire de vals, parece que han de salir á danzar ideas negras como espectros, en lugar de gentes animosas. El acordeón toca su aire de vals, pero nadie baila. «Ea, dice la canción, bailad y reid.» Pero nadie quiere bailar en el fondo de la taberna, como si la tristeza del instrumento y la nostalgia brumosa del día, enervase á los bebedores. Hasta que algún mozo, harto de vino y cansado de su inacción, da un brinco repentino, sale al medio de la taberna y se pone á correr y dar vueltas, solo, bailando con su propio *yo,* pegando salvajes relinchos. —¡Au... ji-ji-ji-jiii!...

Luego cae la noche totalmente, y el pueblo, las caserías, las montañas, el barranco, todo se sume en la obscuridad. El cielo y la tierra se han unido. Y llueve siempre, llueve sin cesar. Toca la campana la oración, gravemente. Los perros ladran en el campo. Cuando los perros enmudecen, el silencio se hace universal. Sólo se percibe el rumor sordo de la presa, como un latido del corazón de la noche. Muy lejos, muy dentro de la obscuridad, entre las hayas de la montaña, rompe á veces de improviso una voz gutural y prolongada. Tal vez es un muchacho que llama á su hermanito.

—¡Y-ña-si-yoooo!...

y otra voz cortante le responde á lo lejos:

—¡Eup!

El alma de San Ignacio estaba preñada de estas sensaciones de paisaje húmedo. Sobre su alma, á lo largo de la inconsciente niñez, la lluvia y la fosquedad de la patria nativa habían goteado lentamente, formando un poso de meditación y melancolía. Cuando llegó la novedad, el vehemente Iñigo de Loyola se abandonó á las delicias y los arrebatos del mundo, á los furores y alegrías de la guerra. Pero el poso estaba allí. Las brumas y las tristezas de los primeros años surgieron nuevamente, en cuanto el mozo se retiró á su casa y se reconcentró en sus recuerdos. El alma de su raza y de su tierra revivió en él. La tristeza la envolvió en su manto, y el misticismo, hijo amado de la tristeza, recuperó á Íñigo de Loyola y lo convirtió en santo.

CAPÍTULO II

Dentro del templo.

Apenas terminada la comida, los habitantes de Azpeitia han vuelto á sus rezos. Hoy es un día de suprema contrición; es la hora álgida del año, en que la Santa Iglesia reclama de sus devotos una especie de tensión religiosa, casi enfermiza, lacerante y lúgubre,

Ríe el sol en el cielo, y unos gorriones picotean y charlan por los tejados; pero los habitantes de Azpeitia reprimen los impulsos de la sangre y sacrifican esta bella floración del año á la gloria del Señor. Está la tarde propicia para beber bajo los emparrados de las casas de labor, para tenderse sobre la reciente yerba y cantar melancólicos zortzicos, ó para bailar en las afueras del pueblo, mozas y mozos confundidos, al trepidante son del tamboril. Todas estas mercedes de la Natura-

leza las han sacrificado en el día de hoy los habitantes de Azpeitia.

La iglesia se ha henchido de gente; el pueblo entero está arrodillado, oyendo el sermón de la Soledad. Nada tan triste, tan religiosamente triste, como una iglesia vascongada. En sus naves sombrías, los siglos han aglomerado todo lo más severo y lo más ascético del Cristianismo. Dentro de esas macizas iglesias, ¡qué sombra tan amable, qué íntima paz! Si se entra á la hora de la tarde, cuando el sol va de vencida, creeríase uno sumido en un lago de quietud. Como la mística vascongada es de un gran fondo de severidad, para alumbrar las altas naves no existen sino raras y estrechas ventanas, de modo que en aquel religioso ámbito siempre reina una vaga y sugestiva penumbra. Los ruidos de la calle ó del campo se han quedado fuera, mientras que dentro se escuchan únicamente el chirrido de las lámparas de aceite, el pisar tácito de alguna mujer, el tintineo argentino de un reloj, que no se sabe donde está. Se siente uno allí dentro encalmado, como sumergido en olas de paz. Se olvida uno de sí mismo; el alma flota, se mece y ondula igual que si se hubiese desprendido de la materia.

Hay en los templos vascongados algo que recuerda el mar: recuerdan la bodega húmeda y tranquila de un barco, inmóvil en un ancho mar en calma. Y suele haber en la hora del Rosario, á la caída de la tarde, un momento de suprema

emoción dentro de estas iglesias vascongadas; es cuando acuden las mujeres á rezar, con algún fatigado anciano. ¡La mujer es la eterna alma triste que busca en el rezo una compensación á las groserías y fracasos del amor! Van llegando suavemente, vestidas de negro, el pañuelo á la cabeza, el cirio en la mano. Es este un cirio muy delgado, que suele ir enrollado en forma de rosca, y que sirve de luz votiva, indispensable en todos los hogares del país. Las mujeres encienden sus cirios, ó, mejor dicho, sus *cerillas,* las dejan en el suelo y oran sin descanso. Entonces el templo adquiere un carácter místico de una fuerza y un encanto supremos. Todo está en paz, nadie turba la calma con meneos, con charlas, con vanidades; esos fieles van á orar, y no á matar el tiempo ni á cumplir una fórmula. Arrodilladas delante de sus *cerillas,* las mujeres aparecen como inmóviles sombras. Diríase una congregación de muertos cuyas almitas estuviesen temblando todavía ante los cuerpos, á manera de luces, antes de hundirse en el misterio del infinito.

Pero hoy no son solas las mujeres quienes han acudido. Desde el alcalde hasta los guardias civiles, los viejos como los muchachos, todos están presentes en el sermón de la Soledad. El predicador, entre tanto, aviva el diapasón de su discurso, dándole á la voz un tono de melopea. Es un jesuíta, y habla espeditamente, como quien está bien baqueteado en tales lizas oratorias. Acaso ha

recorrido la mitad del mundo cristiano, en una peregrinación sagaz, conpulsando la psicología de cada país, estudiando astutamente el latido emocional de cada raza, dándole á cada auditorio el acento que más le conviene. Su voz pastosa, un poco afeminada, recorre todo el éxodo mortal de Jesús, desde la cárcel hasta el Gólgota, y narra el episodio con tal fuerza sentimental y con tal realismo plástico, que los fieles creen asistir, en efecto, al drama del Calvario como espectadores, ó aún peor, como cómplices de aquel crimen. Y en cuanto el predicador ha sentido la emoción del auditorio, ahora que sabe que cada uno de los fieles se reconoce á sí mismo como cómplice del sacrificio divino, muda el tono de la voz, y si antes parecían sus palabras una suplicante melopea, se convierten ahora en una vehemente, apasionada recriminación. Su acento afeminado se ha robustecido. Acusa á todo el mundo, y directamente al auditorio, de cómplice del sacrificio. «Por vosotros, pecadores», grita con un grito supremo... «Por vuestros pecados de lujuria, por vuestra maldad de soberbia, por vuestra negligencia de cada hora y de cada minuto, por vosotros está sacrificándose y muriendo Aquel Cordero humilde y propiciatorio, sangrando de amor por los hombres contumaces, padeciendo de muerte y de martirio por los pecadores hijos de Eva».

Después que los nervios de la multitud se han distendido convenientemente, empieza la proce-

sión del Santo Entierro. Vienen primeramente los niños vestidos de ángeles. Siguen los hombres enlutados, con enormes cirios. La imagen de la Verónica, la Dolorosa, la Oración en el Huerto, el Ecce Homo, van pasando muy lentamente todas estas imágenes, á modo de explicación preliminar del sagrado drama. Al final llega el cuerpo de Jesucristo, encerrado en una urna de cristal, desnudo, violáceas las carnes, rojas y sangrantes las recientes heridas. Está muerto. Le hacen la guardia las personas principales de la villa, y un buen golpe de clérigos, chantres y monaguillos cantan la más desgarradora canción que pudo inventar el hombre. Todo el mundo calla, mudo de terror. Las mujeres sollozan, los hombres se arrodillan y esconden la cara sobre el pecho, como abrumados de arrepentimiento...

Sale la procesión por la puerta principal, y la ola de gente sale con ella. Yo me veo arrastrado por la ola de la muchedúmbre. Pero en seguida me repongo y vuelvo á entrar en el templo.

El sol de oro declina por la cuesta abajo del cielo. A pesar de la hora, como las ventanas no son muchas y están además cubiertas por cortinas, la ancha nave del templo tiene muy escasa luz; una penumbra callada y grave anda rondando por la iglesia y hace mayor el misterio, el silencio y la dulce beatitud de la santa casa de Dios.

Me detengo al entrar, como aquel que marcha á un lugar imprevisto y misterioso; la quietud, la

solemnidad, el vacío y la sombra del templo caen sobre mi alma y la oprimen con una rara angustia. Después de estarme un momento ensimismado, voy á buscar algún rincón oculto y discreto donde pueda meditar á solas y en completa calma.

Ahora recuerdo mis tiempos de muchacho, cuando mi fe se encontraba en su punto máximo de fervor; ahora recuerdo cómo solía yo preferir los más ocultos lugares de la iglesia para que nadie me viese; ahora recuerdo aquella mi buena época en que alternaba mis devociones santas con la compañía de unos jovenzuelos descreídos y desvergonzados, grandes amigos de corretear por playas y colinas, cosa que á mí me encantaba, ¡á mí, tímido y contumaz vagabundo! Yo procuraba recatar mi devoción para que mis amigotes no hicieran chacota y me permitiesen acompañarles en sus famosas correterías... Si ahora pudiese yo tener aquella fe de la infancia, ó cualquiera otra fe, con qué arrogante orgullo la ostentaría entre los hombres, como se luce y ostenta un signo de nobleza, como un blasón. Puesto que ahora, cuando todos dudan, descreen ó fanatizan, una pura y clara fe es como un signo de aristocracia.

Pero al fin encontré el sitio que buscaba: un rincón obscuro dentro de una capilla lateral. Me arrodillo y espero. ¿Qué espero? ¿Qué cosa ha de llegar?...

Acuden á mi mente los recuerdos como una banda de pajarillos primaverales. Siento como que

mi ser se dobla en un pliegue, y, por medio de tal salto imaginativo, mi alma se transporta hacia atrás y se hace pequeñita; mi vida se infantiliza; soy ahora como un niño. Cuando yo tenía quince años postrábame en un sitio parecido á este, debajo del coro, y rezaba. Los sacerdotes andaban en el altar cumpliendo los oficios de la misa; sonaban las campanillas argentinas; ondeaban los incensarios y volaban al aire leves humaredas de exótico aroma. Los feligreses, puestos uno al lado de otro, atendían con el mayor escrúpulo á los incidentes de la ceremonia y se incorporaban ó se arrodillaban todos unánimemente, como disciplinados reclutas de un gran ejército; y por encima de ellos flotaba algo semejante á un espíritu de concordia que los hacía hermanos, que los depuraba y les quitaba las asperezas del odio, del trabajo, de la rivalidad. Y cuando el sacerdote se volvía á ellos y abría los brazos, bendiciéndolos á todos juntos, los feligreses se incorporaban y mirábanse entre sí, saludándose con un ademán amable y una mirada de reconciliación. Yo también me incorporaba, saludando á mis vecinos, y miraba, pero no á los hombres, sino á la cumbre del altar mayor, donde se veía clavado á la cruz un Cristo moribundo. Y me sentía transfigurado, confortado por un deseo de mayor bondad, por un propósito de mejores obras, tranquilizado por una sensación vaga y sedante; más limpio, más bueno, más enérgico.

Vuelvo los ojos al fondo de la capilla, y tro-

piezo con un Cristo. ¿Es el Cristo de mi iglesia antigua, que viene á saludarme? Pero aquél estaba agonizando, y éste de aquí ha muerto ya. Pálido, desmadejado, con la cabeza caída sobre el pecho, harto de sufrir, reposa, finalmente, muerto del todo. Una lámpara vela frente á él, compañera fiel y tácita que no quiere abandonarle, y la lámpara guiña, parpadea en la penumbra, como si llorase en silencio. Y toda la iglesia enmudece, sobrecogida de espanto, por la muerte injusta de Dios...

He aquí el drama humano más intenso y eterno. Es la tragedia más honda que pudo inventar la imaginación del hombre; obra de arte profunda. Acaso hubiera sido yo un buen actor de este drama sangriento, sentimental, ardiente y divino; hubiera sido un apasionado y un fanático soldado de Dios; como San Antonio, enemigo del demonio, condenador de la lascivia, ó también como Savonarola, exaltado místico que aborrece el lujo y quema las farándulas y la pompa mundanas. Hubiera sido un activo combatiente, y habría predicado á la muchedumbre la venida del juicio final. Un gran fanático, en fin. Pero las palomas que huyen, ¡esas ya no tornan más!

Vuelvo á caminar, y voy pisando con miedo; se me figura que mis pies, al herir las losas del templo, levantan nubes de gemidos. Estas piedras que piso ahora, ¡estas piedras tan ancianas, tan llenas de historia, tan impregnadas de sentimiento!...

¿Cuántos siglos hace que están ahí? ¿Cuántas generaciones de hombres se han arrodillado sobre estas piedras? Y todas las generaciones de hombres que se arrodillaron ahí, todas se arrodillaron para implorar del cielo piedad, compasión, consuelo al dolor. Porque el hombre, desde que hay hombres sobre la tierra, no ha hecho otra cosa que padecer.

—¡Señor, líbrame del dolor!—He ahí la única, eterna y universal plegaria de los hombres. Nada importa que la oración sea dicha en distinto idioma, en distinta forma, ni que vaya dirigida á distinta deidad; lo definitivo es la esencia de la oración. ¡Ay! Toda oración es una plegaria, aquí abajo, entre los hombres. Y la plegaria se reduce á repetir, universal y eternamente: ¡Señor, líbrame del dolor!

El hombre primitivo tenía miedo en el centro de la selva; para aplacar su miedo, erigía un altar y oraba: ¡Señor, líbrame del dolor! Después el hombre se hizo grande, sabio y rico. Pero el llanto le perseguía cada vez más ferozmente, y entonces, levantando unos templos muy enormes, escribiendo unos libros muy sabios, el hombre seguía orando: ¡Señor, líbrame del dolor!...

Estas iglesias, ¿para qué se hicieron, sino para afirmar categóricamente la permanencia del dolor entre los hombres? Necesitaban los hombres hacer la apoteosis del sufrimiento, y construyeron las catedrales. Ahí están. Las torres se aguzan en di-

rección del cielo, señalando á la libertad, que es la muerte.

Aquí dentro, sobre estas piedras, ¿qué rosario de plegarias se habrá sucedido á lo largo del tiempo? Hay sobre estas piedras una tradición de lamentos: el padre enseña á llorar á su hijo, el hijo al hijo, el hijo al hijo... como un rosario cuyas cuentas son lágrimas y que va desarrollándose infinitamente.

Siento olor de lágrimas. Las piedras están rezumando lágrimas. A la manera que en las cavernas del monte gotean las estalactitas la lluvia de cien tempestades, de cada crucifijo ó de cada imagen creo ver desprenderse gotas de llanto. Las tempestades que se fraguan sobre las montañas arrojan raudales de lluvia; luego se filtran las aguas, y allá en el fondo de las cavernas caen gota á gota, como una quintesencia de la tempestad. También aquí dentro las tempestades humanas se resuelven en gotas de llanto; la tempestad ruge afuera, en el mundo, y dentro del templo gotean los crucifijos y las imágenes su quintesencia de llanto.

Cada extremecimiento de las bóvedas se me figura que es un gemido; cada rumor de las obscuras capillas parece un ¡ay! que apenas si puede ser disimulado. El templo entero está henchido de dolor, pero se contiene. No quiere manifestar con grandes voces ni grandes gestos la enormidad de su secreto doloroso; un tácito silencio pone una máscara de disimulo á la iglesia.

Calla el templo en esta hora vespertina; calla y se reconcentra, abismándose en sí mismo. Es como si estuviese meditando. ¿En qué profundas cosas medita?

La tragedia de las gentes ha pasado por encima de estas piedras: el templo sabe toda la tragedia humana, y porque la conoce es por lo que enmudece y se reconcentra, meditando. Han pasado por aquí los anhelos, las pasiones, los pecados, las desesperaciones; la mujer adúltera se ha arrodillado aquí, sobre estas piedras, y ha abierto su aterrado corazón ante el crucifijo que la miraba fijamente; el homicida ha doblado las rodillas ante la imagen de la Virgen, y su mano, todavía con huellas de sangre, ha golpeado el pecho asesino con golpes de contrición; y todo aquel que tuvo un odio, una envidia, una ambición demasiado loca, un deseo demasiado feroz, todo aquel que se sintió atormentado por el maldito tormento de su llaga interior, aquí vino y aquí dobló la rodilla para gemir y orar. ¡Señor, líbrame del dolor!...

De repente me sorprende la vista de un retablito, adosado al muro, con una lamparilla encima de él. Más allá veo otro retablito. Son los retablos que representan el Calvario de Jesús, el curso del drama de Jesucristo, desde el principio al fin. Son mis retablos familiares, los que se apoderaban de mi atención cuando yo era niño. ¡Era una historia tan interesante y emocionada, tan llena de episodios y personajes! Guerreros romanos, judíos de

luengas barbas, ciudades raras y cielos inverosímiles: ¡eran mi encanto los retablitos del Calvario!

Ahora quisiera también recorrerlos uno á uno, con la misma ingenuidad de entonces. Aquí está Cristo rodeado de sayones, azotado y escupido; allá más lejos le veo á la puerta de un palacio, coronado de espinas y con un cetro de caña en las manos, ante la plebe inmunda; luego Jesús camina, llevando una cruz muy grande á la espalda, y como no puede sostenerla, cae, y al caer se desgarra el cuerpo y alza la triste mirada como pidiendo compasión. Pero nadie le compadece, sino que le azotan, le empujan; llegan á la cima del monte, le clavan en la cruz, le hieren con una lanza, le insultan, se le ríen, márchanse todos, obscurécese el cielo, brama la tempestad, llegan las mujeres, acude la madre, lloran todas... Y él, poco á poco, agonizando largas horas, herido por el viento y la lluvia, se muere. Se muere cuando todavía era joven, cuando aún podía haber amado la vida, vuelto sobre sí mismo y dado un curso más regular á sus predicaciones. Se muere después de vagabundear por las orillas de los lagos, por las colinas de Galilea y por los caminos soleados; después de bullir entre la muchedumbre que le aclamaba, después de gozar la gloria y el aplauso, de haber comido con sus discípulos, buenas gentes, en las aldeas y posadas; de haber sido agasajado por los ricos labradores, banqueteado en las noches de

boda, bendecido á los niños, reinado sobre hombres de buena fe... ¡Pasmosa tragedia!

En ella se ocultan la esencia y el secreto del Cristianismo. Dolor. El dolor y la exaltación de la tristeza, han podido más que todos los imperativos de la razón. El Cristianismo ha conocido la gran astucia de dar á los hombres el incentivo más amargo y más tentador, el incentivo más humano y eterno, que es el dolor. Y así ocurrirá, por último, que la religión cristiana pueda convertirse en cuerpo, carne, sangre de los hombres, y el misticismo vendrá á ser una forma fisiológiea, tanto como espiritual.

Un transcurso de madres ascéticas, temerosas de Dios, del pecado, del Infierno, parirán necesariamente un ejemplar de hombre *cristiano*. Somos cristianos por temperamento, ya que no lo seamos por la idea. En vano negaremos á Cristo; nuestra constitución orgánica, nuestros nervios, sentimientos, anhelos, son innata y fatalmente cristianos. Cien generaciones de madres rezadoras hicieron de nosotros un ser *rezador*. No importa que no recen los labios, si está rezando lo íntimo del ser. Se reza íntimamente cuando hay angustia, anhelo, miedo, terror, y nosotros estamos impregnados fisiológicamente de angustia, de miedo. Tan esencialmente somos cristianos, que en lugar de llamarnos individuos de raza indo-europea, deberíamos llamarnos cristianos por antonomasia. Entre yo y un contemporáneo de Augusto, no habría otra

semejanza que el color del rostro y las líneas del cuerpo: puestos á caminar por el mundo, en la primera posada nos separaríamos, incapaces de entendernos sobre los mil incidentes de la vida.

Estamos roidos por la espina mística, y todos los hombres modernos tenemos un dejo amargo en la palabra, en la literatura, en la filosofía, como en el arte; estamos empañados por un aliento de tristeza. Los pensadores se empeñan en descifrar el motivo de esta tristeza; unos la achacan á la nerviosidad producida por los excitantes, café, tabaco, alcohol, periódicos, industrialismo; otros á la multiplicidad de negocios y teorías; otros á los excesos del trabajo. También se empeñan en combatirla. Pero todo es en vano. Hemos perdido la Eternidad, la sagrada Eternidad, y esa es nuestra herida incurable. Aún los filósofos más enérgicos, los que predican la vida fuerte y jocunda, aun ellos destilan tristeza y amargor. Tristeza del bien perdido, y fatal propensión orgánica al lamento, al anhelo y al miedo. Teníamos la inmortalidad muy adentro, muy metida en la sangre y en la mente, y se nos la han llevado. Que no se nos pida serenidad y equilibrio, ponderación y alegre vida, mientras no se nos pase la estupefacción del bien perdido. Estamos en la situación de unos vasos vacíos, de unas ánforas sin nada dentro; vacíos como ánforas que contenían un rico vino y que ya no contienen sino las heces. Nuestra herida aún está muy próxima; es necesario que transcurra mucho tiempo para que

venga á cicatrizarla la resignación ó un nuevo plan ideológico y sentimental. Acaso nuestros biznietos...

***

Es la hora definitiva de la tarde. Es aquella hora peligrosa del crepúsculo, en que el alma siente una sensación extraña, la misma que puede sentir un equilibrista cuando ha llegado al centro del mayor riesgo; el abismo se abre más hondo que nunca, y el equilibrista tiembla, porque sabe que el momento culminante del riesgo ha llegado. De la misma manera tiembla el alma en llegando esta hora crepuscular, hora de indecisión y de vaguedad, hora imprecisa y peligrosa en que el alma se interroga imperiosamente: ¿Qué es la vida? ¿Para qué sirve la vida? ¿Qué hace el hombre en este mundo? ¿Por qué fué creado este mundo? ¿Qué hubo ayer? ¿Qué habrá mañana? ¿Por qué vivimos? ¿Cuál es el objeto de mi permanencia aquí?...

Por las altas ventanas cierne el sol muriente sus últimos rayos. En algunas capillas se ha hecho la sombra total. Una lámpara brilla allá en el fondo, igual que un ojo atento y pensativo. ¿Cuándo podremos librarnos de este miedo y de este asco de la vida? El objeto de la vida, ¿puede ser otro que vivir, simplemente vivir? Todo ser viviente nace con un imperativo moral, que es el vivir. ¿Por qué,

entonces, esta nuestra manía de perversión ideológica?

¿Cuándo llegará el día azul, en que los hombres pierdan el miedo á lo misterioso? Alejaremos el horror del misterio, de lo desconocido, de la finalidad lúgubre del mundo. Sea cualquiera el fin de la vida y del Universo, ese fin no puede ser de castigo, sino de premio. Casi estamos recogiendo el premio con una vida cada vez más fácil, rica, inteligente y humana. Lo principal sería quitarle á la vida el baño de terror, y aligerar, hacer fluída ó aérea la moral, así como el concepto del mundo, y de los ultramundos. Para ser buenos necesitaban los bárbaros el látigo del miedo; nosotros debemos rebelarnos á ese látigo. El terror nos amarga la existencia, ¿y hay injusticia mayor?... En el porvenir nacerá una especie de hombre que estará limpio de terror. Aquel hombre inaudito, cuando nos contemple desde lejos, sentirá deseos de llorar, acaso prurito de reir. Su ojo claro y sereno verá el tumulto rítmico del mundo, sin que un mínimo temblor conmueva su alma, alma ligera y comprensible, como una pluma.

CAPÍTULO III

La religiosidad vascongada.

Íñigo de Loyola era de raza vasca. Tratándose de un hombre de ciencia ó de un militar, acaso la cuestión del nacimiento no tenga un supremo interés; pero en asuntos de religión, la raza á que pertenecemos asume gran importancia. Porque las cosas que atañen á la religiosidad, son las que más fuertemente se dejan influir por todas esas causas de raza, ambiente, fuerzas tradicionales, etc.

En pocas ocasiones intervienen tanto los antepasados, como en la religión. Cada pueblo se moldea á su uso y á su conformación especiales la creencias de ultramundos; una idéntica religión como la católica, tiene en cada pueblo y en cada clima un matiz diferente, y Jesucristo no es el mismo en todas las latitudes.

Si examinamos la faja de tierra que se extiende

desde Galicia hasta Navarra, á orillas del mar Cantábrico, veremos un país montuoso, plagado de colinas, cortes, recodos é infinidad de accidentes, que hacen de esta zona la porción más revuelta é intemperante de la topografía ibérica. A lo largo de esta faja montuosa parece que las nubes han trabado una implacable guerra con el sol; llueve con abundancia, y cuando no llueve, la niebla empaña la eminencia de los montes y deja en triste penumbra el hueco de los valles. Pero de pronto, cuando el país había tomado un matiz más ensombrecido, aparece el sol, se libran los montes de la pesadumbre de las nieblas, y los valles ríen, como un niño que no tiene memoria. Entonces se verifica un fenómeno de inaudito contraste.

El cielo que antes era color de plomo, se cambia en azul ligero, en azul vibrante, en azul glorioso; los valles que antes carecían de perspectiva, se iluminan luego con bellísimos horizontes, y por todas partes van surgiendo cosas, detalles, encantos, que permanecían ocultos bajo la niebla. Si antes el país estaba como abrumado, y tenía un carácter de tristeza profundísima, en cuanto sale el sol se abre en una sonrisa inenarrable. Nada, en efecto, tan difícil de elogiar como esos días primaverales que brotan como flores espontáneas de entre la horridez de las lluvias y las nieblas.

Como el aspecto físico del país cantábrico, es el carácter de sus gentes. Reduciéndonos al núcleo vascongado, podemos asegurar que existen aquí

dos tipos de hombres perfectamente diferenciados y que parecen hijos de las dos fases antagónicas en que se divide la parte física de la región. Uno es un tipo trágico, como los días de lluvia y bruma; el otro es un tipo *epicúreo,* como los días de sol. Ambos ejemplares se diferencian tanto, que sus rasgos fisonómicos, la arquitectura de sus cuerpos, son igualmente diversas y contrarias. El tipo epicúreo tiende á la obesidad. Es mucho más robusto que su antagonista, más sano, y, desde luego, mucho más glotón é intemperante. Aunque, si se va á decir lo justo y verdadero, tendremos que advertir que toda la raza vasca es intemperante, y esta cualidad de la intemperancia será tal vez lo que contribuya á distinguirla de los demás grupos humanos; de esta intemperancia, también, surgen sus otras cualidades diferenciadoras ó características, como son la vehemencia, la ambición, la inquietud, la violencia y también la vanidad.

El tipo del epicúreo es intemperante por necesidad. Posee una naturaleza robusta, y ella le obliga á desear la buena vida, las comidas abundantes, las largas libaciones. Como resultado de tal robustez, este individuo digiere bien, y de las buenas digestiones le fluye al rostro una alegría sana é inapreciable. Es amigo de reir y bromear. Le gustan los chistes y los cuentos picarescos, y en su bonhomía un tanto sanchopancesca, ama el humorismo, pero un humorismo sin hiel, humorismo aldeano y plebeyo, sazonado de picardía cazurro-

na. Es un individuo sedentario, algo escéptico, acomodaticio, que odia las aventuras y las exageraciones. De él está formada la masa ó el bloque del país; él se encarga de darle consistencia fija y estable á la raza, impidiéndola que vuele y se diluya; él representa al buen sentido, á la realidad, al justo medio; es quien compone el núcleo laborioso del pueblo, quien va formando, con asiduidad sedentaria, la riqueza y abundancia del país. Su cuerpo es confirmación de sus ideales positivistas y afianzadores; cuerpo recio, de formas cuadradas, cabeza grande y redonda, facciones un poco ordinarias, rostro mal dibujado y de óvalo imperfecto. Cuadrado, sano y recio, ese cuerpo se afianza, cae sobre la tierra, con la consistencia de esos bloques que forman los cimientos de un edificio.

El tipo opuesto, que yo denomino trágico, se compone de cualidades perfectamente antagónicas. Así como el primero tiene un temperamento sanguíneo ó linfático, este otro es bilioso, esclavo de los nervios. Y si al ejemplar epicúreo se le debe incluir en la categoría de plebeyo, al ejemplar nervioso se le podrá considerar como aristocrático.

Es fino de aspecto, y, desde luego, representa la parte más bella de la raza. El otro ejemplar, el antes señalado, no tiene nada de exclusivo, nada que lo distinga como ejemplar etnológico; con hombres como él está formada la masa popular de muchas naciones; mientras que su opuesto, el tipo nervioso, es el verdadero representante de lo

que se llama raza vascongada. Tiene los miembros angulosos, la espalda ancha y delgada, el cuello largo, la nariz muy grande y afilada, ligeramente aguileña, el pelo moreno, los ojos obscuros y vivos, las facciones bellas y elegantes, y el óvalo de su rostro es tan afilado por la parte inferior, que un ejemplo de mayor finura de mandíbulas sólo cabe encontrarlo en los individuos aislados de las familias más viejas y aristocráticas.

Estos tipos, de rasgos exagerados, componen tal vez un treinta por ciento de la población total; ellos forman la base característica del pueblo, y á ellos puede corresponderles la categoría de «raza». Algunos rostros parecen arrancados de una edad antigua: son rostros arqueológicos. Unos perfiles recuerdan á los árabes, otros á los camafeos romanos, otros son de una pureza griega. Los bustos de los emperadores romanos, con su nariz corva, su barbilla pequeña y cuello recio, tienen innumerables correspondientes entre los actuales habitantes del país vasco. Hay otras cabezas un poco apretadas, de narices rectas, con la línea de la frente fija, que son una viva reproducción de las estatuas griegas. Se ven muchos rostros afilados como cuchillos, rostros angulosos, definitivos, vigorosamente pronunciados. La nariz, sobre todo, es la que da el tono y el sello al vasco. La nariz vascongada es inconfundible: es una nariz larga, aguda, varonil; algunos vascos parecen hermanos, y es la nariz la que les presta ese aire de hermandad.

Su carácter moral es esclavo de su temperamento, exageradamente nervioso. Sus nervios brincan, su bilis le hostiga y todo en él os una completa inquietud. Le apasiona la lucha, la discusión, la controversia. Es irreconciliable enemigo: sus odios son profundos hasta la muerte. La lucha personal le incita sobremanera, y no puede vivir si no tiene un enemigo. Ama la política por lo que tiene de pasión, de odio y de controversia. Defiende su ideal con obstinación, y por su ideal marcha hasta la muerte. Es fanático, apasionado, violento. Es sobrio, y si come ó bebe no lo hace por glotonería, como su anverso el tipo epicúreo, sino por impulsos de su vehemencia. En los siglos finales de la Edad Media, cuando no existían manejos políticos, daba suelta á su necesidad peleadora organizando los grupos de «banderizos», las guerras de los «parientes mayores», que asolaban el país con sus odios inveterados; modernamente, la política y los bandos políticos de los pueblos le dan ocasión de desfogarse.

Los dos tipos se parecen en lo antagónicos á un día de lluvia y á una mañana luciente del mes de Junio. El tipo epicúreo desdeña la fantasía, ama la vida blanda y real; el tipo nervioso ama lo abstracto, lo inseguro, la aventura; se inclina á las manifestaciones violentas, y por esto lo he denomido «trágico».

Del ejemplar nervioso han salido las contiendas políticas, las guerras civiles, el misticismo, los

bandos y parientes mayores, el afán mobiliario, los blasones, los hidalgos, los fanáticos, los navegantes, los aventureros, los soldados y capitanes, los evangelizadores. San Ignacio era de esta especie de hombres: temperamento nervioso, vehemente de carácter, reconcentrado, enfermo del estómago.

***

Si Íñigo de Loyola, en lugar de nacer en Azpeitia de padres vascos, hubiera nacido en Avila de padres castellanos, ¿tendría ahora la Compañía de Jesús el tono que tiene? Difícil obra es interpretar los hechos por medio de hipótesis; pero si se nos concediera licencia para usar libremente de la hipótesis, aseguraríamos que Iñigo de Loyola, naciendo en Avila, se hubiese contentado con fundar una orden monástica—una orden más,—y dentro de la orden se hubiese muerto, tranquilo y feliz en el seno del Señor. Hubiera sido, por ejemplo, un San Juan de la Cruz. Y aquí vendría bien hacer un paralelo entre los dos santos representativos de su raza: entre San Juan de la Cruz y San Ignacio, entre el misticismo castellano y el vasco.

La tierra de Castilla es el lugar más propicio que pueda encontrar un místico. En esa llanura parda, igual é interminable, quien se sienta poseído por la idea de Dios y de la Eternidad, no tendrá que temer ninguna asechanza mundana; no perturbarán su coloquio interno ni los ruidos de la

naturaleza, ni el trajin de los pueblos, ni la abundancia tentadora del comercio ó de la industria. La naturaleza presenta una incomparable sobriedad de líneas, una exagerada sobriedad de colores y de frutos. Los campos son pardos, simétricos, con cultivos monótonos de cereales y de pastos borreguiles.

Los árboles escasean, ó no existen, como tampoco existen los setos, los matorrales, las frescas hondonadas. Si hay un camino, este camino marcha recto por encima de las ligeras prominencias, solitario en la soledad del paisaje, hasta confundirse con el horizonte. Si hay un pueblo, este pueblo se asienta en cualquier lugar de la llanura, sin arboledas y huertos en su torno, solitario en la soledad, como un viajero que reposa. Hay los frutos necesarios para vivir, pero nada más; la redundancia de los climas ricos ó húmedos, no existe; la glotonería es un algo desconocido y absurdo. El clima no tiene más que dos matices: calor y frío; un calor fuerte, pesado, y un frío penetrante, pertinaz, agudísimo. No llueve, no hay humedad; por consiguiente, ni cultivos rodados ni redundancia vegetal.

El alma, pues, del hombre religioso, no se siente turbada en esa llanura por ninguna atención mundana. La vida carece de aquel baño de paganismo que poseen otros países, como los que se asientan sobre el Mediterráneo, ó esos otros del centro europeo, que producen frutos abundantes y

consecutivos. Unicamente el sol pudiera prestar sensaciones paganas; pero en la sobriedad de la parda y severa llanura, el sol se purifica y pierde todo indicio de sensualidad. En cuanto al aire, es un aire sutil, en que parece que las cosas no pesan; un aire que induce á flotar. La atmósfera es transparente, *cristalina,* y el cielo ha perdido en esa llanura su condición de *solidez*. Es un cielo como diluído, un cielo que no gravita sobre la tierra; un cielo alto, muy alto, verdadera representación de lo infinito é inalcanzable.

El hombre religioso había necesariamente de sentirse allí quietista y pasivo; su vida sería una contemplación continuada, una espera de la otra vida. Nacería allí necesariamente un ascetismo particular, muy distinto del de las otras partes del mundo. No tendría, por ejemplo, el carácter activo y socavado del ascetismo de Italia, y la actividad sentimental de San Francisco de Asís no podrá repetirse en Castilla. Surgirá, por último, el santo representativo de esta tierra: será San Juan de la Cruz. El cual dirá, con palabras de terminante conformismo, casi fatalismo semita: «Ignoro si he merecido bien del Señor, pero pongo la mano sobre mi corazón y mi corazón está tranquilo; interrogo mi conciencia y mi conciencia calla; he cometido muchas faltas, pero involuntariamente.»

Lo que quiere decir, resumiendo: que el alma mística debe abandonarse al destino de Dios, estarse quieta, suspirando por la venida de la muer-

te, y no perturbar el momento estático con discursos á «la hermana agua» ni con sabias controversias entre los herejes. El místico castellano *sabe* que posee la verdad, y no trata de someterla á controversia. Como su hermano el árabe, tendrá la verdad en su poder, y esto le basta. Su religión es cerrada; su comprensión de la teología es terminante y sintética; no sentirá inquietud alguna, no tendrá preocupaciones, no tendrá curiosidad de ninguna clase; como entre los semitas, en Castilla no habrá nunca herejes, ni movimiento ó evolución religiosa. Así como el semita remite á los incrédulos á su libro santo, el castellano se atendrá á sus dogmas, que son infalibles, y todo lo demás lo tendrá por vanidades. Ni tormentos, ni dudas, ni controversias, ni filosofía: la religión cerrada, incólume. A la manera del semita, si trata de propagar su fe lo hará violentamente, pero no discursivamente. No se repetirán en Castilla las luchas religiosas ni las discusiones de Alemania, de París, de Ginebra; ni siquiera florecerá el tipo mixto del místico, del fanático y del sociólogo, como en Florencia con Savonarola. Irá á Flandes y á América, donde impondrá su fe, pero violenta, imperativamente.

Cuando vea próxima la muerte, construirá un sepulcro en una iglesia y seguirá permaneciendo quieto, estático, aun después de muerto. Levantará catedrales fastuosas, en un país pobre y sobrio; mientras los palacios carecen de estilo y de magni-

ficencia, las catedrales serán adornadas con todos los recursos del arte; y allí se tenderá á dormir su sueño eternal bajo las naves sagradas, en cuyo ámbito flota el espíritu de Dios. Por consecuencia, la muerte no se le representará en forma terrorífica, sino á la manera del musulmán: como un término del viaje de la vida. Será en otros países ricos y sensuales en donde la muerte adquirirá tonos feroces; el hombre que viva en las ciudades flamencas, tan repletas de comercio y de comodidades, el que viva en el jardín de Francia ó en la tierra sensual de Italia, ese es quien tendrá de la muerte una idea temerosa, é inventará el arte que gira alrededor de los juicios supremos: las célebres *danzas de la muerte*. Pero el hombre de Castilla, que vive sobriamente, en estado de quietud, sin discutir la fe, como si dijéramos, «sin pecado», puesto que la vida es tan unilateral y sombría, este hombre ¿qué miedo ha de sentir ante la muerte?...

Veamos ahora el vascongado. El país en que vive es una maraña de montes, entrecruzado por estrechas encañadas y por algún valle no muy espacioso. La mirada no encuentra nunca la expresión de lo infinito, si no es dirigiéndose al cielo ó á la mar; aun el mar está recluído entre cabos y agrios cantiles. En cuanto al cielo, éste es un cielo enemigo, preñado de nubes, cuando no de nieblas. Todo es en torno misterio, barreras, limitación. Encima de un pueblo ó de una casería, siempre hay una obscura montaña que cierra el

horizonte, y el alma, que halla cerradas las puertas de lo infinito real, no tiene más remedio que dedicarse á sondear el infinito interior. El vascongado es un hombre sumido en conflictos interiores, reconcentrado, rumiador.

Como llueve mucho, como el cielo es tan severo, el vascongado tiene en su fondo íntimo un reflejo de su firmamento: su alma tiene siempre un pozo de tristeza, y la imaginación de su cerebro es turbia, del mismo modo que es turbio su cielo. No le pidais al vascongado una claridad y fluidez meridionales: sus conceptos ideológicos guardan siempre el reflejo del cielo turbio; es la suya una inteligencia algo caótica.

Pero de esta misma fatalidad nace el remedio, y sucede que, sufriendo el vascongado la imposibilidad de expresión; teniendo un idioma materno—el vascuence,—todo él formado de esquinas y de lagunas, y teniendo además un cerebro turbio y deseslabonado, entonces el vasco encomienda al *acto* lo que no puede encomendar á la *palabra*, y ya que no le es dado ser hombre de discurso, se convierte en hombre de acción. Por esto el vascongado neto encuentra más fácil realizar una cosa que no explicarla. Así, pues, el misticismo vascongado ha de ser activo, nunca pasivo.

Íñigo de Loyola era de esta casta de hombres. El padre Rivadeneyra, al hacer su retrato, exhibe un tipo perfecto de vasco, con su nariz grande y corva, la más saliente característica de la raza eus-

kalduna. Era taciturno, reconcentrado, de ideas fijas, silencioso. Cuando se hablaba de él, ruborizábase como una doncella. Esta timidez le unía todavía más á su raza, la cual sufre como de una timidez enfermiza, cualidad de todos los pueblos que balbucean y que son reconcentrados.

Hombre de acción, hombre de impulsos y de pasiones activas, Íñigo de Loyola no podía fundar una sociedad monástica de índole pasiva y quietista; al iniciarse su *conversión,* Loyola atravesó por todas las escalas consiguientes del misticismo neófito, como son el deseo de pobreza, de oración, de limosna, de maceraciones; pero saltó muy pronto por encima de estos primeros escalones. Su fé pedía acción, y, en efecto, concibió el plan de irse peregrinando á los Santos lugares. Después se dió á estudiar, pero no cayó ni por un momento en la manía literaria, ni entretuvo su vida, como San Juan de la Cruz, componiendo coplas místicas. Sus estudios le llevaron inmediatamente al punto vivo y cardinal de aquellos tiempos; vió la herejía de Lutero, comprendió su transcendencia, y entonces, en lugar de recluirse dentro de un convento de Castilla aceptó la forma monacal, pero á condición de que fuese un monaquismo de acción y de lucha.

La Compañía de Jesús había de sintetizar el movimiento universalista y expansivo del Renacimiento; y así como la Reforma se universalizaba por todo el Septentrión, el Jesuitismo tenía que

universalizarse por todo el Centro y el Mediodia. La concepción del monaquismo y de la religión tomaron en Íñigo de Loyola su forma más alta de universalismo, de cosmopolitismo, de *futurismo,* como ahora diríamos. Su voluntad activa, intensamente activa, no se contentaba con menos que con llevar la controversia y el dominio hacia los cuatro extremos del mundo. Y aún ahora, como todos podemos ver, está latente en la Compañía el espíritu activo inicial que le diera Iñigo de Loyola.

Otro carácter de la religiosidad vascongada, es la moral. Como en el fondo del ser vascongado siempre late un algo de practicismo, sucede que hasta sus divagaciones místicas se traducen en substancia: aquí la substancia es el sentido moral, la obsesión moralizante que aparece en todas las manifestaciones religiosas del país. Nada de culto por el culto, nada de belleza por la belleza, nada de misticismo platónico ni de elucubraciones romántico-ascéticas; todo se traduce aquí en substancia, en imperativos de moral. San Juan de la Cruz, San Francisco de Asís, Svedemborg, los ascetas contemplativos y los místicos literatizantes, nada tendrían que hacer aquí; se transformarían en un Urdaneta, por ejemplo, que siendo monje servía para organizar escuadras, asesorar á Legazpi en la conquista de Filipinas y predicar después á los idólatras; ó se transformarian en Loyola, cuya ambición de moralidad activa no se contentaría sino con someter el mundo entero al impera-

tivo moral católico. La obsesión de la muerte y el terror al infierno, que tanto atormentan las almas religiosas del país vasco, dieron á sus hombres geniales ese impulso angustioso de afirmar con actos su adhesión á Dios.

Y aquí surge la gran paradoja y la gran ironía. Que siendo la religiosidad vascongada de índole tan parecida á la protestante, por su culto sobrio y por el fondo de moralidad de este culto; siendo esto así, quiso el destino que saliera precisamente del país vascongado el hombre que había de oponerse, más eficaz y paladinamente, al luteranismo. Todo estaba preparado en la patria de Loyola para recibir abiertamente al luteranismo, y si la Reforma hubiese logrado vencer en Francia, el Bidasoa se le habría franqueado como á un amigo.

Pero la Reforma no podía nunca triunfar en Francia. Hay en la Historia hechos fatales é incontrovertibles, que deben aceptarse sin discusión, como nacidos de causas que están por encima de la voluntad del hombre. Y el hombre era incapaz de franquearle á la Reforma la tierra de Francia. ¿Por qué? Nada más que por motivos etnológicos.

Obran muy de ligero quienes prescinden del elemento etnológico al interpretar los asuntos espirituales. Tratándose de cuestiones políticas, religiosas ó sociales, hay la costumbre de generalizar tanto, que se supone que la misma religión, la misma forma política ó la misma constitución social son extensivas á todos los pueblos. Es preciso

convencerse, sin embargo, de qué cada pueblo necesita su religión especial, su política ó sus costumbres públicas especiales, y que los pueblos se moldean sus envolturas espirituales á la medida de su forma característica, de la misma manera que el cuerpo humano se moldea su traje particular.

Al hablar del catolicismo y del protestantismo, suelen las gentes atribuir su existencia á causas accidentales. Se dice, por ejemplo, que el tesón imperial de Carlos V, ó el fanatismo de Felipe II, atajaron la marcha de la Reforma y salvaron á los pueblos latinos de la ingerencia luterana. Hay todavía otros escritores que, estimando el protestantismo como religión más razonable y más progresiva, sueñan ó pretenden implantarlo en los pueblos meridionales. Como si estos asuntos dependiesen solamente de un esfuerzo político ó de una propaganda filosófica. No comprenden que *catolicismo* y *protestantismo* son correlativos de *latinismo* y *germanismo*, y que estos á su vez son correlativos de *meridionalismo* y *nortismo*.

El protestantismo nació en Germania como una protesta contra Roma. Después que nació, bien pronto invadió las naciones escandinavas, la isla anglosajona y los países Bajos. Y en seguida intentó continuar avanzando hacia el Mediodía, pero su avance se frustró. ¿Por qué?

La parte meridional de Germania, la que está bañada por el Danubio y el Rhin, sirvió de campo

de pelea entre el catolicismo y el luteranismo; por fin, quedaron en poder del catolicismo las riberas de ambos ríos famosos. También en Francia se trabó dura pelea entre Roma y Lutero, hasta que Roma logró salir triunfante. En cuanto á Italia, España y Portugal, la Reforma no las rozó apenas.

Obsérvese que este proceso religioso fué idéntico al proceso del latinismo. Los ejércitos romanos invadieron España, y después de una lucha de orden patriótico, los pueblos ibéricos se rindieron á la civilización romana, latinizándose rápida y totalmente. Esta misma civilización latina penetró en Francia y en Africa sin obstáculo casi. Pero al invadir la Germania, los ejércitos romanos encontraron una masa invulnerable. Ya no se trataba allí de una resistencia patriótica, puramente accidental, sino de una resistencia insuperable, la etnológica. El mundo germánico, la humanidad rubia, se oponía al otro mundo latino, moreno, mediterráneo. No era cuestión de mayor ó menor poderío militar; al fin de cuentas, un César obstinado hubiese ocupado con sus legiones las llanuras de Germania, igual que ocupó los campos de la Galia. Pero se trataba de una resistencia etnológica, y contra ella no valían ejércitos. Un ejército puede vencer á una nación y ocuparla indefinidamente; lo que no consiguen nunca los ejércitos es inculcar el ser de la nación triunfante sobre la nación vencida, cuando entre dominante y dominado existe un antagonismo fundamental é interno.

Entonces, pues, las legiones romanas anduvieron rondando sobre las riberas del Rhin y del Danubio, y dejaron que las selvas germánicas se nutriesen de ellas mismas y conservasen la fuerza original que habría de empujarlas, andando el tiempo, contra el poder temporal de los Césares, más tarde contra el poder religioso de los Papas y, finalmente, contra el poder espiritual del latinismo. Porque si bien se mira, en Europa no hay más que una lucha abierta y un antagonismo constante entre el latinismo y el germanismo, entre el Mediodía y el Norte.

Dentro de estas dos grandes masas de pueblos, interpolados entre el latinismo y el germanismo, existen grupos pequeños, aislados, como esporádicos. Uno de estos grupos sueltos es el pueblo vascongado, que participa de las condiciones meridioles y que contiene, al mismo tiempo, considerables apariencias nórticas.

Es el país vascongado, con su clima y su gente, una especie de eslabón intermedio, mezcla de nortismo y de meridionalismo. Si con algún país podría comparársele, sería con Inglaterra. De modo que los vascongados habrían admitido muy contentos la reforma luterana, á no haberse opuesto el obstáculo político, ó sea la oposición de las dos monarquías, francesa y española, de quienes dependían.

CAPITULO IV

La infancia de Loyola.

Los jesuítas no fueron ingratos con el hombre que les dió ser, vida y poderío. Lo canonizaron más que de prisa, lo pusieron en los altares y le tributaron toda suerte de alabanzas. No parece sino que querían convertirlo en un algo inmune, para que el inmundo criticismo humano no pudiese alcanzarlo nunca. Hicieron santo á Íñigo de Loyola, y así lograron dos objetos de una vez: poner una corona de santidad originaria á la Compañía, y librar á su fundador de todo comentario irreverente.

No pararon en esto los buenos auspicios de la Compañía: hicieron además de Azpeitia un lugar santo, algo como la Meca del jesuitismo, y llenaron la patria de Loyola con un sin fin de piadosos recordatorios. La casa natal del santo está en pie

todavía; junto á ella se levanta el fastuoso Santuario, hecho de mármoles y oro, aunque su traza arquitectónica no responda á las riquezas y al fausto de sus materiales. Aquí pueden verse la pila bautismal de Íñigo, el escudo de armas de sus antepasados, la alcoba en donde nació, la sala en donde bullía, la ventana por cuya abertura contemplaban acaso los ojos del futuro santo estas amables y sencillas praderas. Y para que el alma inical de la Compañía pueda mecerse á un mismo tiempo sobre el suelo patrio y sobre los cerebros de sus descendientes místicos, los jesuítas erigieron su colegio matriz en el mismo solar de los linajudos Loyolas. Sobre el colegio, por encima de la iglesia y de la solariega casa, levanta su lomo una poderosa cúpula, mostrando así en forma bien ostensible la riqueza y magnitud de la Compañía.

¿A qué tanto mármol, tanto costoso altar, ni tan soberbia cúpula? No necesitaba la Compañía acudir á estos recursos materiales para demostrar su poderío, riqueza y magnitud; le bastaban su historia de cuatro siglos, sus tremendas luchas, los profundos odios que concitó, las furiosas persecuciones que la castigaron, los asombrosos triunfos que logró sobre temibles enemigos, y los temibles enemigos que hoy vence todavía.

Pero si los jesuítas santificaron á su fundador apresuradamente, para ponerlo á salvo del vulgo intelectual, con esto no completaron su obra; porque antes de santo, Íñigo fué hombre, y hombre

muy pecador, y á este hombre es á quien podremos nosotros comentar sin miedo á incurrir en herejía. Dejaremos, pues, á San Ignacio en sus altares, é iremos á buscar la compañía de aquel mozo gallardo, liberal, aventurero, que se llamaba simplemente Íñigo, y que pensaba en todas las cosas lucientes de la vida, en todas, menos en la santidad.

Aquí fué su nacimiento. Lo parió doña María Sáez de Balda, y lo engendró D. Beltrán Yáñez de Oñaz y Loyola. De manera que por ambas líneas, tanto por el lado paterno como por el materno, descendía de familias próceres y linajudas. El solar de Oñaz, así como el de Loyola y el de Balda, pertenecían á los célebres *bandos*, cuya historia es un centón inaudito de peleas, incendios y épicas brutalidades. Porque los del bando de Oñaz habían de ser mejores que los del bando de Gamboa, porque los *gamboínos* habían mirado con altanería á los *oñacinos,* se armaban dentro del país vascongado unas horrorosas, estériles, bárbaras contiendas. Aquella nobleza rural no gozaba de los atributos de las otras aristocracias europeas, no tenía feudos, ni vasallos, ni siervos, como los varones germanos; no poseía grandes tierras y hermosos castillos, como los condes franceses; ni tenía tampoco el dominio sobre las villas y el poder de armar mesnadas, como los nobles de Castilla. Era una nobleza, la vascongada, puramente artificial, pues no se fundamentaba sobre una tradición his-

tórica ni sobre un derecho positivo, ni siquiera sobre una necesidad. El pueblo vascongado, que supo mantenerse libre de la dominación feudal primitiva, al llegar la Edad Media puso sus fueros al amparo de la Corona castellana, y, con esta simple fórmula de sumisión, logró zafarse de ambas ingerencias, de la regia y la democrática. El pueblo se gobernaba á su modo, y para nada tenía en cuenta á los señores linajudos.

Pero estos señores debían pagar un tributo á las costumbres de la época. Aunque su origen nobiliario más era fantasía que otra casa, hicieron lo posible por rodearse de una apariencia de feudalismo. Por medio de entronques, ó acaso también de abusos y detentaciones, las casas fuertes del país iban reuniendo riquezas y propiedades; en cuanto se vieron ricas y fuertes, buscaron en la corte de Castilla las ejecutorias de la hidalguía, los honores, los cargos cortesanos; después levantaron casas fuertes, que remendaban los castillos feudales; por fin reunieron buen golpe de servidores, deudos y criados, y con ellos formaron una tropa armada. Y por un quítame allá esas pajas, los *oñacinos* y *gamboinos* se asesinaban como los mismos infieles.

El viejo Salazar, al hacer la historia de los bandos, pone miedo y tristeza en el ánimo del lector. Allí se ven los campos talados, los árboles rotos, las casas incendiadas, los niños muertos en el halda de sus madres, los hombres embistiéndo-

se á espadazos en mitad de la plaza pública, delante de los sacerdotes y de las imágenes santas. Una rivalidad profunda, propia de fieras, empuja á los linajes unos contra otros. Y aunque los pueblos protestan, aunque los monarcas intervienen con sus buenos oficios, el mal no se acaba nunca. Hasta que estas cosas, como todas las turbias cosas de la Edad Media, vinieron á dar con la puerta soleada del Renacimiento, y se aclararon, se humanizaron, todo lo turbio se acabó. El Renacimiento fué el sol purificador y ardiente que aclaró las sombras de la turbia y anhelante Edad Media.

¡Qué gran suerte para Íñigo, el haber nacido en pleno Renacimiento! Un siglo atrás, sus padres le hubiesen nutrido con savia de odio y zumo de venganza; le hubiesen amaestrado en la rivalidad, y, en cuanto pudiera ceñir espada, habría buscado ocasión de abatir el orgullo del linaje contrario. Pero nació en pleno Renacimiento, y los célebres *bandos* habían ya cesado en sus pendencias. ¿Para qué pelear esterilmente, en aquel angosto país? Si antes luchaban entre sí, era porque no sabían cómo emplear su brío y su vanidad; pero ahora estaba franca la puerta del Renacimiento, y no valía la pena de malgastar el brío en estúpidas empresas. El mundo estaba abierto á la audacia del hombre; los cien portillos de la vida brindaban el paso á los valerosos; como si un hada vertiera su delantal lleno de tesoros, el Renacimiento había derramado casi repentinamente sus riquezas. ¿Quién, que

se sintiera fuerte, podía encastillarse en su musgoso solar? Así, pues, los tozudos, vanidosos y soberbios *banderizos* vascongados cesaron de contender entre sí y marcharon en busca de empresas mayores. La corte les ofrecía lugar en donde lucir y ambicionar, y el mundo se les habría con sus mil hazañas.

España era entonces como un país afortunado para todo espíritu aventurero y para todo corazón fuerte. Era un festín de empresas, y cada individuo podría escoger la que le conviniera. El que aspiraba al poderío sacerdotal tenía en España la mejor ayuda, pues era tiempo en que España ponía á los Papas en la Santa Sede ó los encarcelaba en un castillo; el que aspiraba al poderío militar, ningún camino más obvio podía seguir que el camino de España, pues las guerras españolas abarcaban simultáneamente á tres continentes; si la ambición era de gloria literaria, el lenguaje castellano andaba en boca de todas las personas cultas; y si la ambición era de oro, precisamente entonces acababan de ofreceree, como canastas de frutos y de joyas, las islas, los imperios, las selvas de América. Y el hombre de acción nacido en España podía escoger entre los más diversos y encantadores países: Italia con su arte y su esplendor señoril; Flandes con sus ciudades llenas de ricos mercaderes; Francia con su vida caballeresca; Berbería con sus sarracenos á quienes matar y las Indias con sus tesoros increíbles.

Aquel no era tiempo para los apocados; no era entonces hora de las empresas colectivas y del triunfo de los borregos; era la hora de los leones, el tiempo de las empresas individuales. Nunca como en el Renacimiento se puso tan alto el valor del individuo; fué la época de las individualidades, el triunfo del poder personal, la exaltación del hombre único y solo. Se dieron suelta y libertad á los individuos, y surgió una multitud de seres de presa que andaban sueltos por el mundo, disputánse, como si algún genio demoniaco hubiese abierto la puerta á un tropel de leones. A un mismo tiempo surgían personalidades prodigiosas, cada una de ellas admirables por su grandeza, por su fuerza intensísima. César Borgia sería aún mucho más notable, si no hubiera de compartir su negro renombre con Lucrecia y con Alejandro VI. Carlos V resplandecería más á no tener enfrente al caballeresco Francisco I y á Solimán el Magnífico. Cristóbal Colón necesitaba compartir la gloria con Vasco de Gama, Pizarro con Hernán Cortés, Lutero con Calvino, Erasmo y Loyola.

Los individuos saltaban al palenque de la vida en una profusión pasmosa y se confundían, se mezclaban, pero sin aborregarse nunca, manteniéndose siempre aislados, cada cual por sí y para su hazaña. Era el tiempo en que el hombre de corazón, armado con una espada, transitaba solo por el mundo, confiando en su espada y en su corazón. Y en aquella feria de aventuras, ¡cómo se exalta-

ba la personalidad humana, á costa de todo lo noble, de la misma religión, de la misma moralidad! Eran hombres de una conciencia infantil; eran hombres semi-bárbaros, á fuerza de ser magníficos. Había confusión en los instintos, confusión en todo. Sobre la masa espesa del pueblo, sujeta á las leyes de la moral hereditaria, flotaba un vaho da inmoralidad. Los instintos andaban sueltos por el aire. ¿Qué crimen no habría consumado el magnífico Borgia, por añadir una perla á su traje ó un adarme de mayor poderío? Y vemos allí cómo Carlos V falta á su palabra regia con una admirable perversidad, y cómo le engaña á su ingénuo rival Francisco I, siempre que el engaño le puede aportar algún éxito; allí vemos al condestable de Borbón hacer traición á su patria, y vemos al cristiano rey de Francia pactar con el turco una alianza contra el Emperador. Vemos á Pizarro engañar al Inca, robarle y asesinarlo, sin ningún escrúpulo.

La traición está en la atmósfera. Y sin embargo... parece que la misma fuerza con que las cosas se traman, disculpa los nefandos crímenes. Todo es inmoral, violento, cruel, falsario, traidor, y sin embargo emerge del Renacimiento algo como una claridad de sol, una como plenitud de vida, de juventud, de noble fuerza. Tal vez se hagan después los hombres más morales; pero habrán perdido aquella plena y juvenil claridad del Renacimiento, cuando el crimen, de puro elaborarse

en la fuerza, aparece revestido de un áura de ingenuidad. Después los hombres se harán tal vez más morales y honrados, pero dentro de la gazmoñería y pacatez, el crimen pequeño parecerá inaudito, y la virtud se presentará afeminada. Antes eran grandes todos, los pecados y las virtudes.

Otra de las virtudes capitales del Renacimiento fué su obra de concentración nacional. El atomismo regionalista, la subdivisión de la humanidad europea en pequeñas naciones, fué una reacción de la obscura Edad Media contra la civilización pagana; el Cristianismo se encargó de abatir y anular la ciencia, el espíritu del paganismo, y el sistema feudal germánico añadió á esta faena de nihilismo su otra faena no menos nihilista y embrutecedora: destruyó el gran bloque del nacionalismo romano y convirtió á Europa en un laberinto de naciones. Y entre este laberinto de pueblos y de fronteras, el alma universal languidecía, los siglos pasaban en el silencio, la lentitud y la obscuridad.

Hasta que surgió el sol del Renacimiento y creáronse las grandes nacionalidades. Las ridículas y liliputienses fronteras tuvieron que ceder á la imposición del tiempo; la civilización y la cultura buscaron centros convergentes á donde afluir, como ríos antes dispersos; los hombres de talento, de valor ó de linaje afluyeron también á las cortes de las monarquías. Habían nacido las grandes mo-

narquías, y los hidalgos de provincias, no teniendo nada que hacer en sus lares, marchaban presurosos á la Corte. Allí les aguardaba la fortuna, la gloria, el poder ó la riqueza.

***

Como los padres de Ínigo se encontraban con cinco hijas y ocho varones á quienes conducir y encarrilar, la ocasión no se prestaba á muchas dudas; educaron á Íñigo para la Corte, y en cuanto se hizo adulto, á la Corte le enviaron. Era el último de la familia, el Benjamín de todo el linaje; quiere decirse que era nueve veces *segundón*. Pero aunque nada podía ni debía heredar, el mozo Íñigo no se inquietaba: había heredado la fuerza del linaje, y sin duda era lo escogido, la flor, la nata de la familia; con tales prendas naturales y positivas, todos los mayorazgos pueden despreciarse en buena hora. ¿En qué consiste, por qué causa ó por qué misterio de la antropología ocurre á veces que los hijos Benjamines suelen resumir lo mejor y lo más original de una familia?

Cuenta el padre Rivadeneyra que al querer Íñigo abandonar la casa paterna con ánimo de irse peregrinando por el mundo, su hermano mayor le instó á que cediese en sus propósitos, y le pidió «muy ahincadamente que mirase bien lo que hacía y no se echase á perder á él y *los suyos*; mas que considerase cuán bien entablado tenía su negocio, y cuánto camino tenía andado para alcanzar hon-

ra y provecho», con cuyas palabras se averigua fácilmente el alto concepto que del Benjamín tenían todos sus hermanos, entre los cuales, todos obscuros, y acaso todos pacatos, resplandecía el alma de Íñigo. Éste no tenía derecho, ni mayorazgo, ni riqueza; pero poseía la virtud reconcentrada del linaje. Bien se ha dicho que la Naturaleza suele con frecuencia malgastar mucho tiempo y mucha escoria, sólo para crear al individuo prócer y genial.

Todavía añadió el hermano primogénito estas razones, á las que ya dijo antes: «Todas las cosas en vos, hermano mío, son grandes; el ingenio, el juicio, el ánimo, la nobleza y favor; la voluntad que os tiene toda esta comarca, el uso y experiencia de las cosas de guerra, y una *expectación increible fundada en estas cosas que he dicho, que todos tienen en vos.*» Ningún retrato mejor se puede hacer del hombre animoso. Sus hermanos comprendían antes que nadie la fuerza de aquel alma juvenil, que desde un principio se manifestaba tan gallardamente, y no tenían rubor en confesar su á modo de inferioridad respecto del hermano pequeño. «¿Cómo queréis vos—añade el primogénito—despojar nuestra casa de los trofeos de vuestras victorias, y de los ornamentos y premios que de vuestros trabajos se le han de seguir? Yo, en una sola cosa, os hago ventaja, que es en haber nacido primero que vos, pero en todo lo demás, yo reconozco que vais adelante.»

Si tales prendas atesoraba en la juventud, cuando era nada más que un muchacho sobresalía ya por su ímpetu y su carácter. «La buena voluntad que os tiene toda esta comarca», dice el hermano primogénito; lo que demuestra que el muchacho se conquistaba la admiración ó la esperanza de sus convecinos. Por su parte agrega Rivadeneyra que, en cuanto comenzó á ser mozo, le hervía la sangre á Íñigo, y como era de suyo brioso y de grande ánimo, se dió á todos los ejercicios de las armas. Era un «mozo lozano y polido, y muy amigo de galas y de traerse bien.» Tenía el color cetrino, la estatura mediana, la mirada obscura y fuerte. Todos estos son indicios de una constitución nerviosa, vehemente, apasionada. Además, tenía grandísima afición por la lectura de los libros de caballerías...

En la falda de una de estas colinas que cierran el valle de Azpeitia, á la sombra de un manzano florido, teniendo ante los ojos la cumbre severa y rocosa del monte Izarraitz, ¡cuántas veces se sentaría el joven Íñigo, con su libro de Galaor, de Amadis ó de Roldán, y se hartaría de leer cosas de locura, de aventura, de fantásticas empresas! En aquellos libros imaginados, su alma se anegaría como en un lago de veneno. Y soñaría su alma vehemente con todas las empresas de los libros, y ambicionaría sobrepujarlas. Querría ser un caballero andante.

En efecto, sus padres lo enviaron á la Corte en

busca de fortuna. Entre los cortesanos, en la balumba de pajes y escuderos, el joven Íñigo haria lo que todos: enamorar, vestir pulidamente, manejar el estoque. Pero su alma estaba demasiado llena de fantasía y de coraje; los libros que leyera bajo los manzanos en flor, se le habían subido á la imaginación de una vez para siempre; estaba envenenado con el veneno de la ambición. Con esta ambición á cuestas, Íñigo se marchó á la guerra contra el francés. Y como la ambición le espoleaba, hizo allí, en la guerra, grandes hazañas. Hasta que una bala, rebotando contra la muralla de Pamplona, le alcanzó en la pierna derecha y se la desjarretó desde la rodilla para abajo.

Y esta bala providencial cierra el período de la mocedad de Iñigo. Los sueños de guerra, las empresas de caballería militar, han fracasado. Una bala, sencillamente una bala, ha puesto doble cerradura al arca en donde hierve la ambición de Iñigo. Pero la ambición sigue allí, hirviendo y solicitando á la voluntad; el veneno de los libros de Caballería continúa fermentando y creando sueños, locuras.

¿Qué hacer, entonces?...

Pero el alma ambiciosa, cuando ve cerrada una puerta, tendrá otro camino diferente, puesto que los caminos de la gloria son infinitos. Íñigo de Loyola se sentía enfermo de un mal que la psiquiatria moderna llama «manía de grandezas». Era un perfecto decadente, de temperamento marcada-

mente nervioso ó neuropático. Tenía poca salud, mucho amor propio, gran vehemencia, espíritu errabundo y aventurero, calvicie prematura, dispepsia contumaz. Pero el título de decadente no quita grandeza á ningún hombre; para llegar al genio es necesario un poco de desequilibrio; y si no hubieran nacido nunca individuos decadentes, la humanidad vestiría aun hoy su modesto taparrabos.

***

Los hombres como Iñigo parecen tener dentro del alma una espuela; y esta espuela, precisamente, es la que ha creado las grandes hazañas del mundo. Es una espuela que no permite el reposo, que protesta de la inmovilidad, que estimula siempre al individuo, á todas horas, en la vigilia como en el sueño. Es una espuela hecha de nervios, aguda y penetrante; el hombre que la tiene dentro de sí, está perdido para toda la vida; será como un corcel arrebatado, llevando sobre su lomo á un jinete poseído de la locura. Y cuando el hombre quiera reposar á la orilla de cualquier camino, la espuela interior le empujará adelante, siempre adelante. No valen, para este hombre fatal, que los triunfos se sucedan á los triunfos, ni que los bellos oasis soliciten al alma con su delicioso descanso; el acicate estará picando siempre al alma, la arrastrará en un galope perpetuo. Cuantas más conquistas logre el individuo, la espuela apretará

más; si aspiraba el alma á una meta, otra segunda meta se le ofrecerá en seguida; si el alma aspiraba á un reino, después deseará un imperio, y cuando logre tener el imperio, ambicionará más todavía, el mundo entero, y luego el Cosmos, y luego el Infinito. ¡Para estas almas locas, nunca hay paz, no hay término posible!

Íñigo de Loyola era de estos hombres «espoleados». Poseía aquella demoníaca virtud que impulsa á las grandes empresas, y por cuya virtud demoníaca, satánica y febril anda el individuo en guerra continua con los elementos, contra el destino y contra su propia persona. Un amor propio exagerado, una estimación suprema de sí mismo, un ansia de sobrepujar los actos comunes: he aquí las cualidades que distinguen á Íñigo de Loyola. Quería ser el primero en todo cuanto emprendiera. «Era entonces Ignacio muy amigo de galas y de traerse bien», dice su biógrafo inmediato, el padre Rivadeneyra; y añade todavía: «Quiso que le cortasen el hueso, por poder traer una bota muy justa y muy polida, como en aquel tiempo se usaba.» Tal presunción por las galas y atavíos del traje, demuestran el exquisito amor que Íñigo tenía de su persona, y lo mucho que le inquietaba la opinión de las damas y de los cortesanos, y su deseo de brillar en los torneos de la galantería. Cuando se inaugura la guerra contra el francés, Íñigo desea también sobrepujar á las gentes, y se marcha á la guerra de seguida. Allí, en Pamplo-

na, los franceses han apurado el cerco de tal modo, que los capitanes españoles no encuentran salvación posible, y conciertan rendirse al enemigo; pero Íñigo estaba entre ellos, y su corazón no admitía razones de prudencia. El acicate interior le espoleaba entonces, como siempre, y su deseo de sobresalir, de sobrepujar á los otros hombres y al mismo destino, le arrastran fieramente; contra el parecer de los otros capitanes, Íñigo opina que han de combatir hasta la muerte. Los hombres como Íñigo no pueden aceptar el término medio; lo quieren todo, aunque se jueguen la muerte contra el todo. Y arrastrando á sus compañeros contra el enemigo, Íñigo de Loyola sube á la muralla de la ciudad y pelea bravamente. Hasta que una bala le tiende en tierra. Entonces los soldados, que han visto caer el alma ardorosa que los impulsaba, cejan en la defensa, se rinden, y el enemigo conquista la plaza.

Le llevan herido, y al ver que la pierna se le queda mal formada, puesto que no puede brillar en el mundo, aspira á brillar en la religión. Quiere ser santo. Íñigo de Loyola tiene la conciencia de su grandiosidad, y en todo cuanto emprende ansía la cumbre, el puesto principal. Siendo soldado ansiaba la cualidad del heroe; ahora desea la cualidad del santo. Pero tampoco se contenta con una santidad humilde é ignorada; pretende la santidad ostensible, sonada, la santidad *diferente*, una santidad mayor que las otras. En efecto, pues-

to en la carrera de la devoción, proyecta un viaje á los Santos Lugares, como empresa inusitada y por encima de lo común; después proyecta aprender mucha ciencia religiosa, para sobrepujar á los otros devotos vulgares; por fin proyecta la fundación de una Compañía monástica que no se pareciese á las demás y que fuera la cima y síntesis de toda asociación religiosa. A toda hora le está espoleando el deseo de originalidad. El sentido de la *diferenciación,* privilegio de los caracteres extraños, es la nota culminante en la vida de Íñigo.

Desde la infancia le venía este sentido de diferenciación. Sus hermanos lo hacen constar, cuando lo diputan por el mejor y por la esperanza de la familia. Tenía el carácter reconcentrado, y estaba sujeto al imperio de las ideas fijas. Rumiaba en secreto sus proyectos, y no los declaraba nunca á nadie. Tenía la soberbia del hombre callado y ambicioso. Despidió á su hermano mayor cuando éste vino á disuadirle de sus proyectos santos, respondiéndole «con pocas palabras, diciendo que él miraría por sí. Y con estas palabras, apartóle y sacudióle de sí». Probablemente Íñigo conocía la pacatez de sus hermanos, su egoismo familiar, y sólo atendía á la voz de su acicate interior. Sus hermanos lo querían en casa para que brillase, para que diera lustre á la familia, para ahorrarles á ellos inquietudes y zozobras; pero Íñigo supo vencer los requerimientos del amor familiar, que tantos altos destinos malogra, y despidió con

pocas palabras al prudente primogénito. Los hermanos lo querían para ellos; él se quería para sí: entre los dos egoísmos, el más vigoroso venció, y se marchó por el camino adelante.

Pero las personas decadentes son las que están más expuestas á los trastornos y mutaciones transcendentales. San Pablo y San Agustín fueron personas turbulentas y vehementes antes de que les llegase la hora de la gracia divina. Como que es necesario un punto de decadencia para las grandes conmociones morales. La misma ambición de grandezas que les empuja por el mundo, luego les empuja por los caminos de la piedad. Los otros, los humildes, se convierten un día cualquiera, ven la revelación, se abisman ante la luz divina, y ya no quieren más, sino vivir obscuros hasta que se les abra la puerta de la liberación, que es la muerte: son las almas representativas de la modestia, el San Juan de la Cruz, beato que ama los versos divinos y la inmovilidad de la espera. Pero los espíritus soberbios y activos aman la propaganda, la controversia y la lucha; son como soldados; antes de la revelación eran marciales, luego también. Nada varía en ellos. Su fervor y entusiasmo de catecúmenos no es otra cosa que una continuación de la anterior vehemencia profana, y si antes querían ser gran capitán ó mozo garrido, ahora quieren catequizar y ser el brazo de Dios. Con el mismo coraje con que San Pablo apedreaba al apóstol San Esteban, evangelizaba más tarde á los pue-

blos y perseguía sañudamente á la impiedad. Así, también Íñigo, porque antes deseaba vestir pulido, calzar bota justa y guerrear como ninguno, después se propone, no sólo amar á la Virgen María, sino convertirse en su caballero defensor.

La manía de grandezas hizo eminentes á estos hombres, que después hemos llamado santos, por donde se infiere que la santidad tiene muchas veces el mismo origen que las cosas profanas y vitandas. Ser un tirano ó un conquistador y ser un santo, todo es igual y viene de la misma fuente—manía de grandezas, vanidad,—espuela interior.

CAPÍTULO V

La conversión.

Al darle en la pierna la bala, sobre los muros de Pamplona, cayó Íñigo á tierra, y se apoderaron de su persona los franceses. Pero reconociéndole como de ilustre linaje, le mandaron llevar á su casa nativa para que se curase mejor y más brevemente. En una litera, y á hombros de unos servidores, por entre las breñas y caminos del país vasco, fué transportado Íñigo hasta la casa de sus padres.

Llegó á casa, y procedieron los médicos á curarle la herida. Traía la pierna derecha destrozada, con todos los huesos de la tibia rotos; una piedra de la muralla le había estropeado además la pierna izquierda. La herida empeoraba, y los cirujanos calculaban que habría que desencajar el hueso de aquella pierna derecha, mal curada por los médicos que al principio le asistieran.

Atacaron, pues, el mal animosamente, y la pierna fué puesta en su lugar. Durante la operación quirúrgica, Íñigo de Loyola aguantó la carnicería sin chistar, como buen soldado que era. Después de esta horrible cura, el enfermo empeoró, y estuvo á punto de perder la vida; tanto crecía la gravedad, que vinieron con los auxilios espirituales, y él los recibió muy devotamente.

Pasó la crisis, se cerró la herida, y el enfermo quedó fuera de cuidado. Pero entonces, al verse más tranquilo, examinó la pierna, acaso se pondría de pie, quién sabe si se miró á un espejo... Y vió con inmenso pánico que su antes gallarda figura se había trocado completamente. Por debajo de la rodilla le salía el extremo de un hueso, percance que en aquella época, en que se usaban calzas muy ceñidas, era de importancia suma; la pierna, además, con tantos trozos de hueso como la quitaron, se quedó corta, contrahecha, y el hombre no podía apenas sostenerse sobre los pies.

Y vino el gran problema. ¿Se resignaría á caminar renqueando, ó emprendería una nueva y dolorosísima operación? Si aceptaba la pierna como buena, desde luego debía renunciar á una multitud de ambiciones, como son la ambición del amor, de la guerra y del lucimiento cortesano; si no quería resignarse con su suerte, necesitaba ponerse en manos de los doctores y sufrir una carnicería mucho más cruenta que la anterior. Íñigo de Loyola no dudó ni un momento. Entregó la

pierna á los cirujanos, y éstos se la desencajaron, cortándole todavía un trozo de hueso. No consintió que lo atasen, porque entendía que era cosa indigna de su ánimo. Y sin chistar ni quejarse, sin mover el cuerpo ni extremecerse, aguantó impávido la carnicería. «Por cumplir con su gusto y apetito, y por poder traer una bota muy justa y muy polida, como en aquel tiempo se usaba...» (1).

Ahora bien, á pesar de que maniobraron con aquella pierna maldita cuanto quisieron, los cirujanos no llevaron á buen fin su empresa, porque la pierna se quedó corta, é Íñigo estaba condenado á cojear toda su vida. ¿Qué hacer de la vida en tal caso? He ahí el momento crítico del futuro santo, el período supremo, en que su alma, al cabo de tantos años de errabundeo, se veía forzada á recogerse sobre sí y á mirar sinceramente el problema de la vida. ¿Qué hacer con aquella infame cojera?... El plan de la vida se le había deshecho; todos sus planes quedaban desorientados. En aquel momento grave de su existencia, Íñigo hizo repaso del ayer y examinó el mañana con ojo severo: las proezas del mundo, las galanterías, las batallas, las justas y los torneos, todo se huía y volaba para siempre, puesto que con su pierna coja nada de eso podía ambicionar ya, y por delante, entre la bruma del incierto porvenir, columbraba

(1) *Rivadeneyra.*—«Vida del bienaventurado padre Ignacio de Loyola».

una sucesión de tedios y de decepciones. ¿Qué hacer? ¿En qué emplear la vida? ¿Y cómo seguir siendo fiel con su instinto de sobrepujar, de distinguirse, de vivir «á lo heroico?»

Entraba de lleno en los treinta años, la edad crítica y culminante por excelencia. Entrando por las puertas de estos treinta años, el hombre más frívolo suele pararse y recogerse, como poseído de una grave espectación; pero los hombres profundos, entrando por esas puertas solemnes, se sobrecogen todavía más, infinitamente más, y suelen caer en verdaderas profundidades de incertidumbre, de melancolía, de duda ó de terror. Vienen á ser los treinta años algo como la cumbre de una colina en una tarde de otoño; detrás quedan los tiempos de inconsciencia, de preparación y de deseo, y por delante se abre el enigma de la vejez y se columbra el otro enigma de la muerte. El día ha pasado, llega la hora crepuscular; pronto vendrá la noche cerrada. Es hora en que la mirada del hombre pensador distingue por primera vez y de un modo cierto el rostro de la muerte, allá abajo, al fin de la cuesta. Es hora de saldar las cuentas, de mirarse dentro y á lo hondo, de pesar y calcular, de compulsarse hasta lo íntimo de la conciencia. Y la vida, puesto que cuenta ahora con la colaboración de la muerte cercana, se convierte en un nuevo y más temeroso problema. A los treinta años llega el hombre á la cumbre de la colina y distingue ahí abajo la muerte: el secreto

de la existencia está descubierto: se sabe de cierto que hay muerte, y que hacia ella se va. En trance como éste, ¿qué hará el hombre? Los frívolos hallan fácil resolución: continúan viviendo, se dejan llevar. Pero los hombres serios, ¿que harán ante el problema? Es la hora del saldo de cuentas, la edad profunda.

Por otra parte, llevaba Íñigo muchos días, tal vez muchas semanas, de sufrimiento: la enfermedad, la dieta, el dolor continuo, las emociones de las repetidas curas, todo esto le tenía que dejar en un estado de agotamiento muy grande. La robustez adquirida con el uso de las armas, andando los días se le rebajaría, y el pobre mozo estaba débil, completamente aniquilado. Sin duda que su constitución física iría relajándose cada mañana, y los nervios se le aflojarían; la debilidad pondría á sus nervios en situación bien crítica. Tal vez el estómago empezara á resentirse y vinieran los síntomas de aquella dispepsia que le acompañó fielmente hasta el sepulcro.

Un individuo de naturaleza neurótica, al fin de una larga enfermedad, queda en estado de sensibilidad aguda; las emociones más sutiles le conmueven, un vago sentimentalismo se apodera de él, surge un prurito de ensueño y de nostalgia, y las pesadillas, junto con los tercos insomnios, preparan la mente para toda clase de visiones. La mente, como está tan lejos de los sucesos reales, se goza más con las cosas imaginarias que con las

positivas; el mundo corriente y moliente se retira, y llega un mundo distinto, de pura fantasía. Casi llegan á olvidarse los sucesos remotos de la realidad, distanciados por muchas semanas de separación y de sufrimiento, y, en cambio, se representan vivamente los sucesos ilusorios, como si en efecto fuesen los únicos verdaderos. Si el enfermo coge en sus manos un libro de viajes, su mente se figurará que marcha navegando por los mares índicos, á través de bellas islas tropicales, y cuando le vengan al enfermo con noticias de la vida de la calle, las acogerá indiferente, como si le hablaran de asuntos lejanos.

Estaba, pues, en la cama nuestro Íñigo, y pidió para distraerse algún bizarro libro de «caballería». En toda la casa no tropezaron con un libro de tal especie, ó si lo había, los parientes no quisieron declarárselo: á falta de libros caballerescos, le dieron dos piadosos volúmenes, uno que trataba de la vida de Cristo Nuestro Señor, y otro que hablaba de vidas de Santos. Y aquí tenemos á Íñigo de Loyola, que por un azar de la suerte, trueca su lectura favorita, que eran los libros caballerescos, por la lectura de libros devotos.

En cualquiera otra ocasión, Íñigo habría leído estos libros y luego los hubiera dejado sin más que una somera impresión piadosa. Pero en su actual crítico trance. ¿qué impresión tan profunda no le ocasionarían aquellas vidas de Cristo y de los Santos? Como el enfermo que lee un libro de

viajes se figura navegar por los mundos remotos, así Íñigo seguiría las hazañas y aventuras místicas de los Santos, y creería hallarse con ellos errabundeando. Su imaginación siempre ardiente, y ahora sobreexcitada por la enfermedad, seguiría todos los pormenores de los Santos, y se encantaría con tales empresas. ¡Qué hermoso, hacer como San Pablo, rendir pueblos, naciones enteras á la fe de Cristo, discutir y predicar, capitanear muchedumbres, organizar asociaciones poderosas y firmes que con el tiempo vendrían á adueñarse del mundo!... ¡Y luego los países distantes recorridos á pie, bajo un sol diferente, por entre ciudades y costumbres tan pintorescas! ¡Y ser alabado por la fama, erigido en santo, convertido en eterno, tanto en el Cielo como sobre la Tierra!...

En fin, el terreno iba preparándose para el instante definitivo: la *revelación* no podía tardar mucho. Y aunque su larga y brillante vida mundana se resistía á ceder, por último, tras no pocas incertidumbres y días tediosos, la *revelación* llegó, y el alma de Íñigo de Loyola se hundió en la ola mística. Ocurrieron todas las fórmulas del ritual de las conversiones: un estallido muy grande en el aposento donde se encontraba orando... el demonio que huía vencido... y la Reina de los ángeles, con su Hijo en brazos, que se le aparecía en medio de un resplandor celestial... Visiones místicas, momentos de arrobo, voces que parecen oirse de repente, y que aunque nadie las oye, el iluminado

asegura escucharlas muy bien; luces deslumbradoras que nadie puede ver, é imágenes vivas en el centro de la luz, que ningún otro, fuera del iluminado, alcanzaría á vislumbrar. La conversión estaba hecha, y esta conversión se parecía á todas, por lo mismo que todas obedecen á casi idénticas causas.

Después de sentirse tocado por el dedo de Dios, cuando su alma gozaba esa inefable sensación divina que es el más rico y puro tesoro del misticismo, Íñigo de Loyola cayó en diferentes grados de sensibilidad aguda y de sentimentalismo, y, como primera empresa, decidió entregarse en cuerpo y alma al servicio de la Virgen Santísima. Luego pensó que debía escribir algo para loar al Señor, y, en efecto, se hizo un libro de muchas páginas, y se entretenía en escribir, con su buena y muy pulcra escritura, los dichos y hechos de los personajes sagrados, poniendo con letras de oro el nombre de Cristo, y con letras azules el de su Madre. También le gustaba sobremanera estarse mirando el cielo y contemplar largas horas las brillantes luminarias de la noche.

Es achaque de los individuos religiosos, el objetivar, ó sea la personificación de las cosas inanimadas. También Íñigo de Loyola, al sentirse tocado por el dedo de Dios, se entregó á la contemplación del cielo, y una á una se entretenía en contar las estrellas del cielo; sin duda también le ocurriría contemplar durante el día las montañas,

los insectos, las nubes, y á todas estas cosas les daría personalidad. Porque el alma religiosa siente como una manera de panteísmo, y ve el mundo poblado de genios y espíritus conscientes que están interviniendo á toda hora en el destino de los hombres y en la salvación de las almas. El alma religiosa lo objetiva todo, presta espíritu y ser á todos los elementos de la Naturaleza, y anima, en fin, cuanto existe debajo del sol; para esa alma, una nube, un trueno, el viento huracanado, los árboles de movible copa, el río corriente y murmurador, todo está poseído de espíritu; y cada una de estas cosas tiene una alma y una conciencia personales, y todas juntas forman los innumerables brazos de Dios. De manera que Dios, para manifestarse ante los hombres, echa mano de esas cosas, al parecer inanimadas, y continuamente está hablándole al hombre y haciéndole signos ó señas por conducto de las nubes, de los truenos, de los vientos, de los fantasmas visibles. Algo semejante hacían los pueblos primitivos, que, muertos de terror, se figuraban que todo en torno á ellos estaba poblado de genios malignos ó tutelares, y personificaban las fuentes, el mar, los bosques, la tierra y los astros. En realidad, acaso la esencia religiosa no consista más que en eso: en considerar el mundo poblado de genios que nos amagan y vigilan de continuo, en creer que el mundo oculto é incógnito se interesa por nuestra suerte, y figurarse que el viento muge para vosotros, y

que el rayo surge ni más ni menos que de la mano de Dios, con el único objeto de cumplir en nosotros algún designio celeste.

Pero ya estaba hecha la conversión; ya el alma de Íñigo estaba henchida de potencia religiosa. ¿Cómo emplear ahora esta potencia espiritual y sagrada? Inmediatamente se le ocurrió un plan de campaña para el porvenir; se convertiría en caballero andante de la Virgen, y como primer paso para llegar al término de su campaña, emprendería, desde luego, la peregrinación á los Santos Lugares. Con lo que se comprueba muy á las claras la naturaleza activa de Íñigo de Loyola.

Bien se vé que su inteligencia no se había aún limpiado de las influencias mundanas; al emprender la «caballería á lo divino», continuaba bajo el influjo de sus lecturas juveniles y profanas. Para dar estocadas, para las citas nocturnas de amor, para las aventuras del siglo, ya no servía; pero como era heroico y emprendedor, halló un buen camino en la religión para intentar nuevas aventuras. El resultado era el mismo. Véase como su primera salida fué puramente activa y aventurera, heroica á lo humano, más bien que heroica á lo divino. No podía allanarse á la idea de permanecer quieto en un Monasterio, rezando tranquilamente hasta que el Señor se sirviese llamarlo á su seno; su sangre cálida y laboriosa le impulsaba á errabundear. Aun no estaba estropeado, bastardeado, roído por la literatura mística; la

ciencia no le había dado todavía la pesadez transcendental, sino que era un hidalgo aventurero puesto al servicio de la Virgen.

Fué Íñigo de Loyola demasiado humano. Acaso porque fué tan humano, tuvieron sus obras tal realidad y se adaptaron tan perfectamente á la vida; tal vez de esta humanidad, de este sabor hondamente humano, le viene al jesuitismo su fuerza que parece interminable. Con la sinceridad austera, casi divina, de las otras órdenes religiosas, el Catolicismo no hubiese podido resistir á la acción de tanto contratiempo; mientras que si hoy permanece en pie el Catolicismo, las gracias se han de dar á la famosa Compañía, que como obra de realidad y de humanidad, ha sabido plegarse á los hechos y dominar la vida.

El origen de la Compañía arranca de la conversión de Íñigo de Loyola, y los principios místicos de Íñigo no pueden ser más humanos y realistas. El proceso místico del fundador tuvo, es verdad, los mismos caracteres que en los demás santos; pero sus derivaciones adoptaron un cariz muy diferente. Nada de literatura ni de amaneramiento sentimental en la vida de nuestro hombre: el carácter de la raza vasca, completamente iliteraria, ruda y poco sensiblera, aparece en los actos de Íñigo. Las otras gentes religiosas, verbigracia, las de Castilla, se entretienen en vanos devaneos místico-literatizantes; es ese un misticismo tierno, débil, y está clamando siempre por el *amor;* anda el

amor á vueltas en las bocas de aquellos místicos literarios, con una profusión poco decente. Desde Malón de Chaide hasta Santa Teresa de Jesús, todos tienen en su pluma, á cada dos líneas, la palabra amor. Es un amor literario, nacido de las Escrituras, surgido del Cantar de los Cantares—el libro que tanto embelesaba á San Juan de la Cruz,—y del mismo Evangelio. «Para hablar del amor dignamente, es preciso haberlo saboreado, y para comprender á aquellos que de él hablan, es necesario haber amado...», dice Juan de los Angeles, cuyo lenguaje toma frecuentemente un fuerte matiz de sensualidad terrena. Y estos devotos frailes y monjas hablaban del amor de Dios con tal fuego, que concluían por atormentarse sus almas en un á modo de alucinación amorosa. Como su amor se presentaba con palabras é imágenes mundanas, y como este amor carecía de sujeto visible y tangible, aquellos delicados místicos concluían por caer en la alucinación amorosa, de la que fué víctima indudable Santa Teresa. ¡La palabra *amor* es tan terrible, tan peligrosa, que ni aun jugando, quiere decir que ni aun en los devaneos místicos, se puede abusar de ella!

Pero Íñigo de Loyola se veía libre de este peligro, porque su vida anterior no había sido adulterada por la manía literatesca, y porque conservaba la rudeza, la rigidez, la propensión activa y moralizante de la raza vascongada. Aun ahora conserva la Compañía de Jesús un tono de seque-

dad que no bastan á evitarlo los blanduchos libritos de propaganda religiosa, en los cuales también se mienta al *amor,* y hay también flores y cantos bonitos en las funciones religiosas hechas para uso de las mujeres; pero en todo esto se advierte carencia de unción. La Compañía de Jesús está fundada para combatir, y no tiene ternura: nació de un hombre de acción, de un hombre práctico y realista, no de un individuo blanducho y literario; un hombre todo acción, en cuya alma no halló cabida aquel vitando renunciamiento, aquel deseo de quietud, aquel retorismo afeminado. «Ven, muerte tan escondida, que no te sienta venir, porque el placer de morir no me vuelva á dar la vida...» Estas galas retóricas y conceptistas, en las que late un fondo de renunciamiento indostánico, no asaltan el espíritu de Íñigo de Loyola.

El cual decidió marcharse á peregrinar por el mundo, tan pronto como se vió libre de su enfermedad. En vano le instaron sus hermanos para que se quedase en la casa paterna; en vano le tentaron con la promesa de los éxitos que sin duda le preparaba la vida: todo lo desoyó, y tomando la compañía de dos criados, emprendió la marcha hacia el monasterio de Monserrat. A poco despidió á sus criados y se quedó solo en el camino.

He aquí la salida de Íñigo de Loyola. Tiene un sabor de puro quijotismo esta «salida» del caballero cristiano; mejor dicho, es una «salida» completamente quijotil.

Eran los tiempos en que el alma universal, y especialmente el alma española, padecía de accesos de locura. ¡Malos tiempos para los padres de familia y para las gentes de orden! Las doncellas huían á los conventos en pos de Jesucristo, y de los conventos las arrebataban los hermosos garzones. Las hijas se marchaban á fundar órdenes religiosas, y los hijos se huían á la guerra. Las riberas del Guadalquivir se llenaban de hombres y mozos que volaban tras el espejuelo de las Indias... Eran los heroicos tiempos del quijotismo.

CAPÍTULO VI

Misticismo y picarismo.

La convivencia del místico y el pícaro, en el mismo suelo y en el mismo siglo, es algo que desconcierta al ánimo del pensador. Hubo una época en España, por cierto la más gloriosa y relumbrante de su historia, en que nacieron, se mezclaron, y hasta parece que vivieron en buena compañía, los dos ejemplares más antitéticos: el truhán cínico y el religioso asceta. ¿Cómo fué posible la convivencia, bajo el mismo régimen social, de estos dos tipos de hombre?

Unos eran hombres de rapiña, sin ley ni Dios, sin piedad ni honra, sin ninguna preocupación moral; habían surgido misteriosamente del bajo fondo de la Edad Media, y eran como plantas húmedas criadas malamente en la obscuridad, y que con el sol del Renacimiento adquirieron fuerza y se esparcieron por las ciudades. Los otros hom-

bres eran de índole ascética, y su espíritu estaba henchido como de una inmensa ola de sentimiento: eran plantas que surgían frondosas y abundantes dentro de las nieblas medioevales, pero que con el sol del Renacimiento se encogieron de terror, como si aquella fuerte luz las conturbase. Al calor de esta nueva luz pagana, los pícaros se desentumecieron, y cruzaban la vida lanzando canallescas carcajadas; mientras que los místicos se pusieron á gemir y llorar. De manera que aquel extraño tiempo tuvo un carácter bifacial: una cara reía, la otra lloraba.

Este es el aspecto que la literatura del «siglo de oro» nos ofrece: un aspecto antagónico y completamente absurdo. Las novelas picarescas van rodando por las antecámaras, por las hospederías y por las plazuelas, y acaso los señores y los capitanes no desdeñen la lectura de estos redomados libros que procuran tan franca y lozana risa; al mismo tiempo, los libros religiosos ruedan por las cámaras de los palacios, por los conventos y por los honestos hogares. Pero algunas veces, para que el revoltijo y la confusión sean mayores, suelen brotar de una misma pluma ejemplares de los dos géneros, y la mente que concibe una aventura truhanesca, concibe asimismo una loa sagrada. Hurtado de Mendoza alterna entre las picardías del Lazarillo y las serias elucubraciones históricas, religiosas ó políticas; Cervantes moraliza hoy en sus comedias, y mañana

se divierte con las travesuras de Rinconete; Quevedo es un canalla y un predicador, indistintamente. ¿Qué raro siglo fué aquel, en que se daban tan absurdas paradojas?

La vida del mundo, y especialmente la vida de España, era entonces una latente paradoja. El aire ambiente recibía á la par los gritos de los aventureros que embarcaban para las Indias, y los lamentos de los religiosos que se encerraban en sus monasterios para huir del mundo corrompido. Pizarro y Cortés eran casi contemporáneos, casi vecinos, de Fray Luis de León y de San Juan de la Cruz. Unos hombres aparecían llenos de energía y actividad, los otros se presentaban como vivas protestas del mundo. Unos eran todo acción y entusiasmo, otros ofrecían el espectáculo de almas que se arrepienten sólo de mirar al sol.

¡Qué grande y qué profundo aquel siglo del Renacimiento! Estaba, sin embargo, un poco lacerado y corrompido: á semejanza de esas frutas tropicales, que endulzan el gusto y matan, aquel siglo venía dañado, envenenado, y tenían todos sus actos un sabor morboso imposible de definir. La Edad Media se parecía á un enfermo que padece una larga y secreta enfermedad: de pronto el enfermo sufrió una violenta reacción, y con la sacudida de la fiebre comenzó á ejecutar locuras. De aquella honda crisis del Renacimiento, todavía ahora no ha conseguido libertarse por completo la Humanidad.

Producto morboso de este estado febril eran los pícaros y fueron los místicos. Unos y otros surgían á la vida para perturbar el ánimo de los hombres, para hacer que los hombres se quedaran perplejos sin saber por qué lado inclinarse. ¿Quiénes tenían razón? ¿Los pícaros ó los místicos? Estos aconsejaban la huída, la renunciación y el sacrificio; aquéllos predicaban con actos la aceptación de este condenado mundo y el disfrute de cuantas cosas puedan lograrse de tan condenado mundo. Los pícaros eran unos epicúreos á su manera, y los místicos renegaban de todo placer, hasta del placer más inocente, hasta del «placer de morir». Tanto los unos como los otros habían nacido de un mal parto: la madre, la pobre Edad Media, estaba enferma, y en un acceso febril lanzó al mundo á estos morbosos ejemplares de místicos y de pícaros.

¡Qué negra noche esa de la Edad Media, con su obsesión del pecado y con su angustiosa y creciente fermentación mística! La Edad Media es el sello, la confirmación definitiva del Cristianismo: éste se hubiera diluído en filosofía y vanas sutilezas metafísicas entre los griegos y orientales, si no llegan á venir las gentes germanas á infundirle su fe robusta y medio bárbara.

El mundo había gozado mucho, el mundo estaba fatigado, cuando vino Jesús como un lirio blanco, ó como un ángel purificador, á decirnos que la vida es un enemigo, es un pozo sucio, y

que la vida, por sólo ser vida, ya es un gran pecado. Aquel fracasado, aquel bilioso pueblo de los judíos, supo condensar en unos cuantos libros la más amarga y desolada filosofía que inventaron jamás los hombres. Jesús se había nutrido de estos libros, y levantándose en el desierto, exclamó: «El mundo es un valle de lágrimas; hay más allá un mundo celestial donde no existe el pecado y donde no se padece: lo mejor es morirse, sacudir las sandalias con asco y marcharse á ese mundo celestial.» Y la Humanidad, extenuada de tanto haber gozado, respondió: «¡El mundo es un valle de lágrimas!, ¡la vida es un engendro del demonio!, ¡el placer es hijo del Infierno!...»

Nuevos hombres alucinados acrecentarían después su odio al placer. Vendrían los dignos sucesores de Jesús y se irían al desierto por huir del mundo; comerían raíces, se azotarían la carne impura. El demonio tomaría el nombre de placer, y andaría entre los corazones para encenagarlos y condenarlos á castigo eterno. Se exaltaría la visión del Infierno, la eternidad del castigo, la no resurrección en la luz y en Dios. La carne sería afrentada como hija predilecta del demonio; afrentado el amor, definitivamente afrentado. No más juegos de sátiros lascivos por las cuestas de los collados, por entre viñas y laureles, ni ayuntamientos de ninfas con dioses benévolos: la claridad y limpieza sexual de los antiguos sería un gran oprobio para el Cielo. El alma querría depurarse

hasta el límite, desprenderse del cuerpo, elevarse sobre el barro de la Tierra, no mancharse con el grosero contacto de la lascivia; querría aristocratizarse, ser virginal y purísima, llegar al trono de su Dios tan limpia como un vellón de niebla. ¡Qué sublime sueño! La pureza virginal alcanzaría el carácter de una aristocracia, y el valor del espíritu puro llegaría al supremo grado de ponderación: de la virginidad se haría un culto.

Pero á la Naturaleza es imposible violentarla; se parece la Naturaleza á un vivo manantial, que por más obstáculos que se le pongan, el agua viva brotará siempre y de cualquiera forma. Y la Naturaleza se reserva para sí, con objeto de ejecutar sus actos eternos, el arbitrio de unos cuantos pecados... La Naturaleza necesita pecar, para poder engendrar la vida. ¿Quién será bastante fiero, que se oponga á estos pecados necesarios de la Naturaleza? El Cristianismo quiso ahogar estos pecados con mano fiera, y se obstinó en sofocar, en contener las aguas vivas del manantial. Pero las aguas necesitaban brotar, porque era ley eterna que brotasen. Y, en efecto, seguían brotando.

Pero brotaban de un modo turbio y sigiloso, bajo la penumbra de la Edad Media, y por contener la corriente de las naturales aguas es por lo que en algunos momentos se convirtió la Edad Media en una cloaca, en un sumidero de sucias pasiones, de feos vicios. La Edad Media cogió entre sus dedos la limpia desnudez pagana y la volvió

negra, la empañó, la hizo totalmente pecadora: y la desnudez, avergonzada, se cubrió en doble vuelta de telas, se hizo hipócrita. Pero por debajo de los velos, la carne se corrompía, y la carne gritaba, la carne se deshizo en una abyección oculta, cobarde y maldita.

Causa espanto pensar en aquello que parece una leyenda macabra, pero que es una realidad; causa horror acordarse de las brujas, de las «misas negras», de los obscenos aquelarres. Debió de existir entonces una especie de esoterismo religioso, mediante cuyo culto se conservarían algunas prácticas de la lujuria antecristiana, y no pocas prácticas también del rito de Isis, de las fiestas de Dionisos y de las orgías tenebrosas de los cultos orientales. En este lóbrego esoterismo medioeval, las brujas se concertaban con el diablo y le entregaban un rico botín de mujeres tiernas, y el diablo vestíase con piel de macho cabrio y se hundía en espantosas liviandades. Allí acudían los devotos del rito esotérico, los adoradores del diablo obsceno y todopoderoso, á encenagarse, para morir luego en las hogueras, babeantes de demonismo...

Pero la obscenidad no perdonaba á nadie; la carne se vengaba del Decálogo, y penetraba la lujuria en los conventos, y allí atormentaba á los monjes; y los monjes se golpeaban furiosamente la carne pecadora, y como la carne no cesaba de clamar, huían al yermo, en donde San Antonio se veía obligado á pelear con legiones de mujeres

desnudas, ¡todas desnudas, todas meneándose con gestos de impudor y tentación! No eran mujeres desnudas, no, las que perseguían á San Antonio en el desierto; era la carne que estaba corrompida, y al corromperse la carne, la imaginacion se ensuciaba con todo género de visiones lujuriosas.

La condenación de la carne fué una medida irónica: matar la lujuria es como ponerle puertas al campo. La Humanidad seguía pecando, luego de pecar se arrepentía, tornaba luego á pecar, y este fantástico vaivén ennegrecía la existencia de los pobres hombres. Los hombres no pensaban sino en aquello de que se les quería privar, y su obsesionante preocupación la llevaban á la misma puerta de los templos, en cuyas portadas románicas y ojivales se ven danzar las figurillas de relieve en una ronda de amores monstruosos: monjas que se ligan con monos, monos onanistas, muecas horribles de gárgolas en celo. El pecado capital era la lujuria, y no el delito de sangre, puesto que el homicidio les inquietaba muy poco á aquellos duros guerreros. La imaginación de las gentes medioevales estaba sucia, como lo estaba la de San Antonio: sucia de impurezas y visiones lascivas.

Pero llegó el Renacimiento con su libertad, las trabas del pensamiento y de las costumbres se rompieron, y todo cuanto permanecía contenido y disimulado antes, salió á la superficie. Corrió una ráfaga de liviandad por toda Europa. Veíase á

Boccacio contar sus cuentos picantes entre las damas de Florencia; componía Maquiavelo sus comedias, tan subidas de color como el manto de los cardenales que acudían á oirlas gozosamente; el drama de nuestra *Celestina* no da más que unas pocas referencias del estado de aquellas costumbres; y el arcipreste de Hita, así como Berceo, hablan del cuerpo y de sus placeres con un calor, con una espontánea vehemencia, que á nosotros, gentes morales, nos conturban.

¿Qué habían de hacer las personas religiosas viendo estas cosas? Su espíritu se atribulaba, su corazón gemía, temblaba todo su cuerpo, y, como aturdidos, como temiendo á un vértigo, clamaban á Dios y le pedían la muerte salvadora, una puerta por donde escapar. De modo que surgió el ejemplar del místico, á la manera de una reacción ó una protesta clamorosa.

Colaboró, además, en este surgimiento místico, el cambio y la germinación pasmosa de nuevas ideas, de teorías nuevas y revolucionarias. El Renacimiento desencajó las creencias que se tenían por inconmovibles, y el espíritu crítico, si antes había permanecido sofocado, después debía salir á la superficie y correr por todas las naciones. La vida se multiplicó, se expandió, todos los vicios del «siglo» andaban por las calles; y la gente iba y venía de Italia á Francia, de Flandes á Alemania, y al través de tantas naciones distintas la gente se habituaba á oir y ver cosas, verdades,

teorías nuevas. Claro es, por consiguiente, que debieron surgir innumerables incredulidades, herejías sin número é ignoradas: ignoradas muchas de ellas, puesto que el Santo Oficio se encargó de ahogarlas en sangre y en fuego. Oyendo tales herejías, y al percibir el dudoso estado de conciencia de aquellos soldados, aventureros ó trajinantes, las gentes devotas se horrorizaban, los místicos requerían á Dios vivamente que les dejase huir, ó sea morirse.

Encima de esto, con el trajín del comercio, el auge de la navegación y el oro de las Indias, vino la riqueza, y con la riqueza el lujo, y con el lujo la vanidad y la ostentación. Entre el lujo, el descreimiento, la controversia, la herejía, la sed de vida, de acción y de grandezas, convirtieron la sociedad en un pozo de concupiscencias y de febriles pasiones. Pero en España, por sus condiciones especiales, las riquezas y el lujo tuvieron más de ficción que de realidad. Los Austrias vivían con un tren demasiado magnífico para la sobriedad tradicional é intrínseca de la nación, y obligaban á los señores á llevar un tren demasiado ampuloso: era aquella una vida ficticia, que no bastaban á disimular los tesoros del Perú y de Méjico, ni las triunfales batallas que se conseguían con mucho gasto y ninguna utilidad palpable. En medio, pues, de esta vida de falsas grandezas, los españoles se entregaban á todo género de concusiones y falsedades, tanto en los dominios de Europa como

en los de América, y las deudas, las quiebras, la malversación, eran sucesos corrientes en España.

Ante un espectácnlo así, los inquisidores perseguían y quemaban; los místicos, llenos de horror y de angustia, se lanzaban al espacio de la contemplación. El ayuno de los devotos significaba una compensación á los hartazgos del «siglo»; las maceraciones de los ascetas querían como darse en pago de las concupiscencias corrientes. Para colmo de horror, y para que el espanto de los místicos fuera más grande, apareció en la escena española el ejemplar del «pícaro».

Así como entre las nieblas medioevales habían permanecido ocultos ó mal disimulados los pecados de lujuria y de herejía, también el picarismo alentaba, aunque con mucha dificultad, entre aquellas brumas; hasta que el sol del Renacimiento, que dió vida á tantas cosas grandes, reavivó también al pícaro y lo lanzó á la calle. ¿Cómo surgió el pícaro, y cómo pudo convivir con personas tan altas, tan robustas, como son el noble señor y el místico asceta?

Calcúlase generalmente que el ejemplar del pícaro no puede surgir sino de una sociedad corrompida, y que tal personaje viene á dar la medida de la gangrena de un pueblo. Por nuestra parte, seguiremoe opinando que el pícaro no es una «gangrena», sino un «parásito». Ahora bien, si la gangrena significa corrupción interna, el parasitismo expresa lo opuesto, ó sea un elemento vital y po-

deroso. La gangrena es una exteriorización del mal interno, mientras que el parásito es una como redundancia de la fuerza misma. La yedra se agarra á los muros robustos y á los árboles macizos... Cierto es que la planta parásita concluye por exprimir la sabía y matar al robusto árbol; pero esto no indica debilidad en el árbol, sino más bien prodigalidad. La fuerza, cuando es generosa, se entrega y prodiga; acude el parásito entonces, y la fuerza se acaba. Pero la fuerza estaba ahí, ¡esa es la cuestión! Si la fuerza no supo precaverse y reservase, culpa fué de la misma virtud de la fuerza. Si hubiera sido cauta, económica y previsora, ¿sería de veras fuerza, en el sentido noble y aristocrático que la palabra *fuerza* tiene en la eternidad?

El pícaro fué la consecuencia natural y lógica del hidalgo; sin hidalguía no hubiera podido existir picardía. La hidalguía es el desprendimiento, la prodigalidad, el idealismo, la generosidad, el olvido de los vulgares menesteres y de las cuentas cotidianas, el dar y el proteger sin tasa, dar con mano suelta, caballeresca y cristianamente; la hidalguía es vivir fuera de los términos usuales, en una especie de constante idealismo; hidalguía es interpretar la existencia como un noble combate, en que el individuo ha de saber lograr los favores de la fortuna con noble ademán, cara á cara, al modo de los soldados ó de los jugadores sinceros. Pero principalmente ha de distinguir al hidalgo de

los otros hombres, la virtud de poseer sin llevar cuenta de lo que se posee, y dar ampliamente, suelta la mano, sin fijarse en quien pordiosea.

Lógico es que naciera, entonces, en frente de este ejemplar hidalgo, su verdadero sucedáneo, el pícaro. Picarismo significa lo contrario de hidalguía. Es el instinto taimado y judáico que acecha la debilidad del hidalguismo, para colarse entre las junturas y hacer allí su nido; es el sentido mercantil que labra su fortuna á expensas de la prodigalidad del hidalgo; es la mano humilde, sagaz y socarrona que se humilla con gesto de villano y recoge una á una las monedas que se le caen de la mano al noble; es el administrador, el secretario, el canciller, el ministro, el favorito, el paje, el lacayo, el palafrenero, todos encorvando la cabeza al señor, para desvalijarlo calladamente; es el judío que se levanta con todo el dinero de la nación, y se convierte en prestamista de los reyes y de los nobles; es el espíritu de rapiña, de codicia, de ahorro ó de pordiosero, que araña con una tenacidad de plebeyo la bolsa abierta é inconsciente del hidalgo.

El parásito, el cínico, el pícaro, este redomado ejemplar sólo puede existir allí donde abunde la generosidad, allí donde se olvide la prosa cotidiana, donde un sentido idealista y fanfarrón triunfe del otro espíritu sagaz y minuciosamente práctico. En una sociedad de hombres celosos, egoístas y justicieros, entre hombres de esta especie, atentos

todos á la realidad de la vida, entre tales hombres no puede florecer el pícaro.

Suele hablarse actualmente de las gentes septentrionales, tan rígidas en el cumplimiento de sus deberes sociales y tan enemigas del parasitismo, de la picardía, de la mendicidad; y al nombrarse aquellos pueblos fuertes y briosos, se suele ponderarlos con admiración. Pero en esas naciones que se presentan como modelos, ¿es la fuerza la que triunfa de veras? ¿Son nobles esas costumbres y esos procedimientos? ¿No será acaso que esté allí triunfando actualmente el espíritu egoísta, friamente práctico, del plebeyo?

Cuando diez arrojados bandoleros atrapan un cumplido botín, ¿por ventura se ponen á pesar y esconder lo apresado, llevando nota minuciosa de cada moneda y de cada pingajo? Cuando cien enérgicos soldados asaltan una fortaleza, ¿es que abren un libro de registro, y llevan la cuenta de los ingresos y de las particiones? Cuando un genio descubre una nueva teoría científica, que andando el tiempo haya de trastornar los procedimientos de la industria ó de la locomoción, ¿esconde, regatea y tasa su invención el sabio, ó por el contrario entrega su fruto genial á la humanidad, generosamente? Pero reunid, en cambio, cien villanos para alguna empresa, é inmediatamente se concertarán en sociedad, nombrarán un tesorero, tendrán una junta inspectora que vigilará los gastos y los ingresos; nadie podrá robar á su vecino, ni

nadie percibirá mayor suma que la que en justicia le corresponde, ni tendrá tampoco nadie opción á pordiosear, puesto que el reparto se ha hecho equitativamente; y como cada uno cuida de sí mismo, y todos cuidan del bien común, que es el bien de cada uno, la sociedad de los cien villanos será una empresa próspera, prototipo de pulcritud y de justicia. No es otra la situación de las naciones que llamamos civilizadas. ¿Es fuerte esta civilización del tanto por ciento equitativo y justiciero? ¿Es fuerte de veras? En cuanto la rebeldía social se afirme de una manera más vigorosa, sabremos de cierto si era fuerza legítima, ó si era una asociación de vulgares egoísmos.

En aquellos tiempos robustos del Renacimiento, la fuerza era efectiva y de índole acrisolada. Tan legítima era la fuerza aquélla, que la sociedad podía sostener sobre sus hombros, simultáneamente y sin abatirse, á los tres monstruosos y antitéticos ejemplares; el místico, el hidalgo y el pícaro.

Hoy en España sobrenadan únicamente los despojos, las formas, las apariencias, el esqueleto. Permanecen el pícaro, el místico y el hidalgo; pero la fuerza interior que les nutriera, ésta ya no existe. El místico, en forma de fanático, se mantiene en pie todavía, pero le falta la unción pristina y aquel abrasado fuego primitivo; también el hidalgo permanece en pie, pero ya no es sino una sombra, un mendicante, un tímido hambrón que

aguarda á la puerta de todas las oficinas el empleo, el favor ó el título. Sólo el pícaro conserva su espíritu, su energía original, en este clásico país de España; el pícaro, con su camarada el mendigo.

Y entre el mendigo, el fanático, el hidalgo altanero y el pícaro, han labrado la antipatía de España, nación profundamente antipática á los ojos del extranjero...

La mala fortuna de España consiste en haber querido dominar á muchos pueblos, sin poseer suficiente fuerza de dominio. Dada su insuficiente cultura, su falta de energía interior, su escasez de recursos industriales y hasta su escasez de población, España se vió siempre obligada á dominar «violentamente», jamás «cordialmente». Su dominio tenía el carácter de una tensión, de un violento y arrebatado esfuerzo, y no surgía como un efecto natural, como un fenómeno de derramamiento nacional. Esta última forma de dominio se halla clásicamente representada en Roma, y modernamente en Inglaterra.

De ahí proviene que todos los pueblos dominados por España permaneciesen sometidos con reservas mentales, á regañadientes y en espera de una contingencia favorable que les permitiese la rebelión. Conocía España esta cualidad de sus dominios, y por eso veíase obligada á apretar los resortes de su dominación, usando del fuego, de la espada y de la mordaza. Pero tales recursos eran

posibles cuando la nación poseía fuerza espiritual y muscular, cuando la alta tensión de sus nervios podía sostenerse en su grado máximo sin romperse; después, al sobrevenir la relajación, la tensión se aflojó, porque era empresa demasiado inaudita el conservar un estado artificial por espacio de mucho tiempo; y al aflojarse los resortes tensos, la mano de España, antes dura y firme, no pudo retener los pueblos dominados, y los pueblos se le marcharon para siempre. Tan para siempre se marcharon, que después de ser libres, siguen aborreciendo á su vieja dominadora. El ciudadano de los Estados Unidos, á pesar de sus reservas, un tanto fútiles, siente por Inglaterra un oculto respeto. El mismo Brasil ama á Portugal con amor de hijo, más que de hermano. A España le aborrecen Italia, Flandes, Portugal y las repúblicas americanas.

A los ojos del extranjero, España aparece como un espectro lejano y extraño. Muchos hombres del Norte de Europa no tienen de España un concepto claro y determinante; no aciertan á ver bien esa nación remota, situada allá abajo, en un vértice de Europa, casi esfumada en la niebla de la Historia. Para esas gentes, nosotros casi no somos seres reales, sino entes fantásticos cuya vida reside en la imaginación. Y es que nuestra realidad actual no vierte sobre el mundo de los hechos ninguna clase de aportación científica, filosófica, industrial ó mecánica; sólo vertemos el inerte cua-

dal de nuestro recuerdo histórico. De manera que España viene a ser para ellos como una sombra ó como un fantasma; reflejo, sombra y fantasma de actos que pasaron. Y como estos nuestros actos antiguos están llenos de tensión violenta, la sombra de España es como una sombra de inaudita lobreguez. Se recuerdan solamente nuestras hazañas violentas y atrabiliarias, nuestros actos de excepción, nuestra pugna contra la marcha suave del progreso. Se recuerdan nuestras hogueras inquisitoriales, nuestras matanzas de indios americanos, y aquella figura del duque de Alba, cuando arrancando de Italia la flor de los tercios españoles, cruzó Francia y Alemania, llegó á Flandes, é impuso con sangre y con fuego la soberanía indiscutible de Felipe II.

El español es un ser único, diferente á todos los hombres que pueblan la Tierra. Es único por su raigambre censtitucional, único por su gesto, por sus procedimientos, por su espíritu. Para los demás hombres, el español resulta un ser incompensible, que se resiste á toda confrontación y á todo análisis: es un ser de excepción. Procede, pues, excepcionalmente. Tan mala maña se da para caminar por el mundo, que siempre, fatalmente, deja tras de sí un rastro de odio. Tiene esquinas y angulosidades, resistentes á esa difuminación civilizada qne poseen casi todos los pueblos medianamente conformados. Sus esquinas y ángulos rozan y chocan con los otros hombres, y sobreviene la irritación.

El español no posee el instinto de la maleabilidad. Hecho de una sola pieza, es incapaz de renunciamientos y de adaptaciones. No sabe lo que sea la ductilidad. Guarnecido de un orgullo soberano, este mismo orgullo le incapacita para la condición máxima del arte de la civilización, que es el ceder, el plegarse, el rectificar. No es humilde, y la ciencia requiere sobre todas las cosas humildad. Por eso algunos sabios han dicho de España que es un pueblo incapaz de ciencia.

España parece haber sido engendrada del mismo fondo de una tragedia. Su historia de dos mil años es una sucesión de episodios alucinantes. Y no vale reaccionar ni vale cerrar los ojos á la evidencia. Quien desee analizar nuestra psicología y quien pretenda actuar sobre nuestro pueblo, necesitará penetrarse bien en lo hondo de esa fatalidad trágica. De ahí proviene que los lances históricos de España tengan un sabor especial y extraño. Así como la topografía y el paisaje castellanos no se parecen á ningún otro país del mundo, también sus procedimientos morales y políticos se diferencian radicalmente del resto de los fenómenos mundiales. Es decir, que la trayectoría de los sucesos españoles se resiste á toda lógica y á toda consecuencia ordenada. España repugna los procedimientos normales y consecuentes. Y así es como resulta este país la verdadera patria de las contradicciones, de las sorpresas, de las sublimes hazañas y de las más vergon-

zosas sorpresas. Es así como resulta que una tierra pobre y despoblada, se arriesgase á colonizar todo un continente; que la raza más sobria y humilde mantuviese el orgullo y la ostentación de aquella fastuosa casa de Austria; que al mismo tiempo que producía á Santa Teresa y San Juan de la Cruz, produjese á Guzmán de Alfarache y al Lazarillo de Tormes. Raza profunda y antagónica, llena de saltos, sorpresas y contradicciones. Los místicos codeándose con los pícaros; los nobles y vencedores capitanes, atravesando por entre filas de mendigos; las Indias que manaban oro, y el pueblo que padecía hambre; y más tarde, la corte vil y obscura de Carlos IV, rindiéndose á la majestad de Napoleón, mientras el pueblo, armado de navaja, embestía á los fieros vencedores de cien batallas.

Idéntica es su producción artística. Surgen los genios por sorpresa, sin preparación ni antecedentes. Nace Velázquez como al acaso, produce sus obras maravillosas, y con él se acaba todo. La sublimidad de Goya aparece en la época más vulgar y decadente. El *Quijote* le brota á Cervantes casualmente, sin que su mismo autor se percate de su genialidad. No pidáis á España lógica ni consecuencia; es un pueblo atrabiliario y arisco, que lleva dentro la facultad genial y que produce el genio cuando nadie lo espera. Por eso hay en España un latente mesianismo: la nación, como el pueblo hebreo, aguarda siempre al «hombre», al

el mesianismo en España

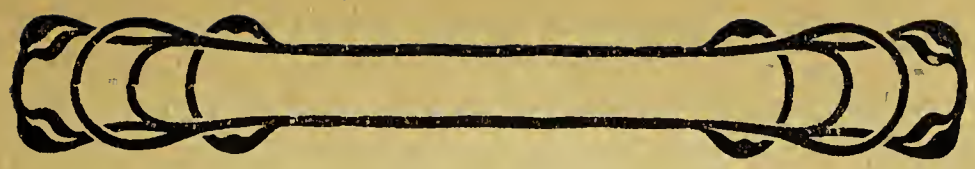
Mesías genial y regenerador. El pueblo tiene el instinto de su historia, y sabe que el hecho culminante, el hombre decisivo, surgirá de pronto y fortuitamente.

Esta misma inminencia, este mesianismo del pueblo, aumentan el sello trágico. España es una tierra magnífica para que un Esquilo fatalista pusiese en escena sus tragedias.

Allí está la llanura de Castilla: ningún otro escenario más propio para toda obra en que haya de intervenir la fatalidad. La tierra, de color pardo, se desvanece en el infinito; un camino solitario pasa rozando los oteros, hasta morir en el horizonte; acaso en la lejanía asoma un campanario; acaso una sierra peñascosa rompe la tersura del horizonte; pero ni un árbol, ni una casa blanca, ni un ruido alegre interrumpe aquella majestuosa soledad. En medio de aquella desolada y silenciosa llanura, el hombre siente algo como la presión del infinito sobre el alma; allí el hombre se olvida de las quimeras y redundancias de la civilización moderna; allí el ánimo se vuelve sobre sí mismo, buscando la solución de los conflictos interiores. Es una llanura para místicos, para soldados medioevales, para cosas del alma; todo es allí grave, noble, profundo; llanura de espíritu intenso y trágico.

Lo mismo que esta llanura es el arte. Entraréis en el Museo del Prado, y apartadas las vírgenes bondadosas de Murillo, todos los otros cua-

dros os hablarán de la muerte, del sufrimiento ó de la guerra. Velázquez transcribe celosamente los gestos de los enanos, de los idiotas y de los soldados borrachos; Zurbarán os habla de los monjes que se martirizan por conquistar el perdón de Dios; el Greco os pone enfrente de unos retratos lívidos, morbosos, alucinantes; y Goya, el salvaje Goya, os hace estremecer con aquel horrible y portentoso «Fusilamiento de la Moncloa». Después, los toros... El extranjero que ve una corrida por primera vez, siente un asombro inaudito. ¿Qué pueblo es éste, que cultiva una fiesta tan bárbara y artística á la vez? Los extranjeros hablan así porque no comprenden á España. No saben que España es un pueblo raro que procede originalmente, por sorpresas y saltos, obedeciendo á su fatalidad.



CAPITULO VII

El místico vagabundo.

Los primeros pasos de San Ignacio, después que recibió la visita de la Virgen, tienen un sabor pintoresco, como de novela. Entonces todavía no se hallaba su espiritu embargado por la complicación de los problemas religioso-sociales; se dejaba guiar por el corazón más que por la mente, y su vída de aquel tiempo se nos ofrece como una flor de ingenuo entusiasmo.

Es la época pura y candorosa, el momento virginal de todo neófito, cuando la llama del Señor enciende el pecho en brillantes y calurosas hogueras. El mundo y el tiempo, su persona y el núcleo de la humanidad, aparecían ante su confiado corazón envueltos en un aura mística. Después llegaría á honduras de conocimiento, á complicaciones ideológicas y á un sentido profundo de la res-

ponsabilidad; se haría más sabio, construiría las bases de su férrea asociación; pero los momentos inefables de su primera fe, esos no volverían ya.

Es muy difícil, tal vez imposible, conservar la pureza mística durante muchos años. El misticismo es un alado favor del Cielo, y todos los favores del Cielo adoptan la cualidad fugaz de la aurora; es el misticismo una ilusión, es una juventud, y pasa rápido. Seguramente que la mayor fortuna de Jesús consistió en morirse pronto: si llega á alcanzar los cincuenta años, se le hubiera visto apaciguarse, ó ir á sostener tercas polémicas sobre motivos dogmáticos con algunos viejos escribas á la puerta del Templo, cómodamente sentado.

Tuvo San Ignacio ese período de juventud mística, y dentro de ese período sentíase propicio al martirio, á la tragedia del martirio. Pero no llegó la ocasión, y fracasó el mártir, surgiendo en cambio el fundador. Su juventud mística fué breve. Calvo y dispépsico, transpuso muy pronto la cumbre de la inconsciencia apasionada y cayó de lleno en el sedentarismo. Pero aunque al salir de casa, después de su grave enfermedad, estaba ya minado por esa especie de convalecencia que arrastran hasta el sepulcro las personas débiles; aunque su vigor juvenil se había malogrado, sin embargo, sus primeros pasos ofrecen un tono de fuerza, de ingenuidad, de heroísmo y despilfarro que nos producen asombro y simpatía. Era, sin duda, la última llamarada de aquella naturaleza vehe-

mante y arrogante. Dentro de poco, la dispepsia lo convertiría en un hombre sedentario, esclavo de las fórmulas, minucioso con las prácticas del rito, que reza y ayuna, bebe infusiones de bicarbonato y medita santamente la organización de su Compañía.

Al salir de su casa de Azpeitia para dedicarse á la carrera de santo, parece San Ignacio un chico que huye de la autoridad de sus padres y sale á acometer calaveradas. Iba alegre y confiado, caballero en su potro, con las armas de hidalgo al cinto. Tan confiado iba, que en cuanto se vió á distancia del pueblo despidió los criados y avanzó solo por el camino.

Terminada una enfermedad, nuestro espíritu se asemeja al cielo, después que pasa el nubarrón y se descorre la fresca, la clara y limpia majestad del firmamento azul. Le bailaba el corazón de gozo, y su ser entero quería cantar loas á la bondad divina. Sentíase ligero, entusiasmado, lleno de proyectos y heroicas tentativas. El aire y el sol le daban en el rostro, y él pensaría que el mismo soplo de Dios venía á besarle. Los pájaros entonaban sus antiguas cántigas, que al santo se le figurarían nuevas, más dulces que nunca, embargadas de ocultas interpretaciones... Dormía en las posadas, en los mesones colocados á la orilla de los caminos polvorientos, ó se tendía á sestear bajo los árboles, enfrente del espectáculo de las montañas y los teme-

rosos bosques; y alguna vez no querría cobijarse bajo techado, y, quedándose en la soledad del campo, se pararía largas horas, tendido en la yerba, á contar una á una las estrellas del cielo. Y su alma se anegaría en ese abismo del infinito nocturno, en cuyo mar de sombra centellean los astros, eterna interrogación del hombre.

Su primera determinación fué hacerse peregrino. El peregrino, en los siglos pasados, venía á representar al vagabundo de hoy. Un peregrino era la persona más feliz que pudo existir nunca; vivía errante y ocioso en el mundo, y al morirse pasaba á vagar por los caminos del Cielo: alimentado en la Tierra por la piedad de los hombres, en el Cielo lo alimentaba la providencia de Dios.

Obsérvese que todos los misticismos han sido de condición ociosa y vagabunda. El ocio es cualidad indispensable para la comunicación del alma con la esencia divina, porque todo estado de oración requiere la abstinencia de movimiento, y porque esa comunicación del alma con la esencia divina es tan sutil y al mismo tiempo tan absorvente, que la más leve preocupación vulgar ó material hace que huya la visión celeste, como una leve y tímida ave. Pero este ocio, amado por los religiosos quietistas, quiere ser acompañado del vagabundaje para los místicos activos.

Buda era un peregrino y un andariego, un vagabundo entre los palmares del Ganges y los campos de rosa de Cachemira; como lo fueron los pro-

fetas hebráicos. San Juan Bautista dormía bajo las higueras, ó en la cunetas de los caminos, del mismo modo que los vagabundos actuales duermen bajo los puentes ó en las grietas de las casas arruinadas. Jesús de Nazaret iba por los caminos adelante, sin empleo conocido. San Francisco de Asís vagaba por el monte y por el valle, dialogando con las aguas y las estrellas.

También San Ignacio tuvo un período de vagabundaje, cuyos episodios cabrían muy bien eu una de las novelas que por entonces empezaban á estilarse; Cervantes podía haber compuesto un libro lleno de sal con aquellos episodios del santo, tan pronto cómicos como trágicos y solemnes. Carácter fuerte y sincero, emprendió la carrera mística con la misma vehemencia que antes emprendió la carrera marcial. Su fervor religioso no se satisface con meras oraciones, con ayunos y disciplinazos; Íñigo de Loyola apura los motivos de martirio, y prueba sucesivamente la pobreza, el cilicio, la mendicidad, los insultos, el hambre, las dolencias amargas y los naufragios; y, finalmente, viéndose ignorante como un chico, se sacrifica todavía más, entrando á estudiar las primeras nociones de la ciencia á la edad de treinta y tres años.

Marcha con rumbo al Mediterráneo, atraído por el espejuelo de Roma y por el ideal de la santa Jerusalem. Su pierna aun no estabà bien sana; pero no importa. Llega á Cataluña, y tal como

iba cabalgando, tropieza con un moro. Traban diálogo los dos, y á los pocos momentos se enzarzan en una disputa religiosa.

Debía de ser este moro un hombre mundano, inteligente, razonador, habituado á discutir con los cristianos en ferias y mesones. Pero Íñigo de Loyola, enardecido como se hallaba por su reciente vocación de santo, no supo discutir serena y urbanamente, ni tomar aquella disputa religiosa como un simple incidente del camino. El no era hombre frívolo. Consideraba que la verdad es una, y que la verdad viene á ser lo más sagrado que existe debajo y encima del sol. Discutió apasionadamente, y el moro, en fin, se alejó hacia su destino, después de haber sentado la teoría de que María, madre de Jesús, no fué virgen después del parto.

Entretanto que el moro se marchaba, San Ignacio se paró en seco y estuvo largo tiempo meditando sobre lo que le convenía hacer. No sabía si correr donde el hereje y matarlo á cuchilladas, ó si seguir tranquilamente su camino. En aquel momento, Íñigo de Loyola procedía como un perfecto creyente. Toda religión positiva supone que ha recibido directamente de Dios la verdad prima y absoluta; teniendo la verdad, todas las otras religiones deben desaparecer. El célebre sarraceno que ante el incendio de la biblioteca de Alejandría exclamó: «si esos libros están conformes con el Corán, son innecesarios, y si no están conformes con

él, no deben existir», aquel sarraceno procedía con sinceridad y buena lógica religiosa. Aunque no se expresen con las mismas palabras, todas las religiones piensan lo mismo. Pero la religión cristiana lleva esta máxima exclusivista al límite. Hijo directo del Judaísmo, el Cristianismo se ha señalado, desde que pudo ejercer autoridad, como la fuerza religiosa más imperativa y exterminadora de cualquiera otra verdad. El Mahometismo y el Cristianismo son hijos de aquel pueblo hebreo, el más soberbio, exclusivista, cruel y terminante de cuantos existieron sobre la Tierra.

Pero aunque su sangre de soldado le aconsejaba apuñalar al moro blasfemo, su espíritu, recién purificado por el beso divino, huía de los procedimientos sanguinarios. Entonces recurrió á un extraño partido. Para resolver sus dudas se encomendó á la suerte, echó á cara ó cruz sus actos, y se dijo: «Abandonaré las riendas, y si el caballo tira detrás del moro, lo mataré, y si tira por otro camino, no lo mataré.» En efecto, el caballo torció la marcha, tomó un camino diverso al del moro, y de esta manera se libró Loyola de matar al sarraceno.

Hizo bien en aquel trance apurado. Cuando varios caminos nos solicitan á un tiempo, y la duda nos inmoviliza la voluntad, ¿no es lo más sano abandonarse al acaso y seguir ciegamente lo que el acaso nos dice? La razón, ante dos caminos diversos, no nos sirve para nada.

El razonamiento es enemigo de la acción, porque razonamiento equivale á dudar, y porque tal vez el razonamiento sea de índole negativa y pasiva. Los hombres de acción no dudan, y cuando razonan, lo hacen como por llamaradas y explosiones, á las que sucede el impulso activo, ¿Qué es todo acto *a priori,* sino un dios Jano de dos caras antitéticas? El acto se nos presenta como un hábil y ocioso sofista; tiene dos proposiciones, la una buena y la otra mala: el acto nos brinda á escoger, y el hombre que hace caso de esa invitación queda inmóvil, dudoso, inactivo, fracasado. Teniendo todo acto dos caras, la una buena y la otra mala, la razón obedece al apotegma famoso que dice: «En la duda, abstente.» La razón, pues, se abstiene y evita el escoger, evita el obrar... Pero, sin duda, hay otra razón más alta: es la razón del instinto, la voluntad de obrar, la necesidad de obrar, que se ríe de los razonamientos.

Llegó á Monserrat, y en su ilustre monasterio hizo confesión general de sus pecados, lo que le confortó el alma poderosamente. Dió el caballo y las armas al monasterio, el traje á un mendigo, y la noche la pasó en la iglesia, velando ante la Virgen sus armas ideales, de la misma forma que los caballeros velaban sus armas aceradas. Convertido en caballero de la Fé, salió para Manresa, á pie, renqueando, cubierto con una túnica de sarga. En Manresa estuvo confundido con los pordioseros del hospital y se esforzó en apurar las virtu-

des cristianas de la pobreza, la humildad y el desprecio de sí mismo. Ocultaba su ilustre linaje para que no le distinguiesen con agasajos; procuraba ir confundido con la canalla de los miserables; cortó á rape su hermosa y rizada cabellera. Con todo esto, el vigor juvenil lo perdió completamente; enflaqueció y se quedó extenuado. Tal vez desde entonces no volviera á gozar de una salud completa.

Débil como estaba, se puso á meditar en los infinitos misterios de la vida y de la muerte. En aquel período de su vida es cuando realmente se sumergió dentro de las honduras del dogma. Dedicóse á escudriñar los secretos sagrados, y como nunca había parado mientes en tales cosas, impropias de un palaciego y de un soldado, ahora que estaba solo y metido en sí, rumió el misterio de la Trinidad y otra suerte de misterios divinos. Descubrió una porción de Mediterráneos, como hacen las personas de genio, pero iletradas; y así fué formándose él mismo su mundo divino, como un verdadero fundador de religión. En realidad, San Ignacio fundó una religión nueva: el Jesuitismo. Y el Jesuitismo se halla, en esencia, dentro de los *Ejercicios Espirituales,* que allí, en Manresa, escribió por aquel tiempo, cuando apenas poseía más que una rudimentaria cultura.

El padre Rivadeneyra dice, refiriéndose á estos famosos *Ejercicios*, que en ellos «se aprende, no para sólo el entendimiento, sino que descienden y se comunican á la *voluntad;* y así no es tanto co-

nocimiento especulativo como *práctico;* no para en saber, sino en *obrar,* no es su fin hacer *agudos escolásticos,* sino virtuosos *obreros;* y con esto despierta é inclina la voluntad para todo lo *bueno...*» He ahí sintetizado el propósito de la Compañía; y he ahí el alma práctica, activa y moral de San Ignacio, cerebro duro de vasco.

Pero su fervor no se saciaba con aquella vida quieta é intelectual de Manresa, mezclado con los colegiales y aprendiendo prolijamente las conjugaciones: su impulso errabundo y su ambición le arrastraban más lejos. Determinó peregrinar á los Santos Lugares, y, al efecto, marchó á Barcelona, puerto de embarque para los estados de Italia. Las peripecias que le ocurrieron en la jornada, los mil incidentes que tuvo que soportar en una acción tan larga y difícil, adoptan un tono muchas veces novelesco y encantador. Padeció naufragios, hambres, persecuciones. La Italia, palenque donde reñían el poderío de Francia y España, se hallaba convertida en una abrasada guerra. Pero todo lo arrostró el Santo.

Navegando para las costas de Palestina, los marineros y la chusma de los navíos se entregaron, como parece que era su costumbre, á vitandas liviandades. Vió aquello Loyola, y haciendo púlpito de su nave, se puso á predicar con ardor y á condenar las liviandades duramente. Pero la chusma de á bordo se insolentó, y tramando una celada, quiso abandonar al santo en un desierto islote.

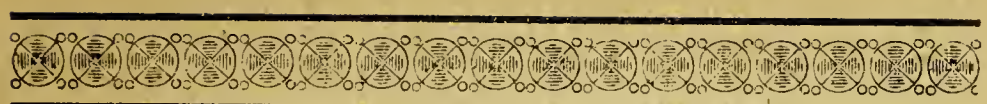
Ya en Palestina, visitó los Santos Lugares, y conmovido por aquellos restos recordatorios de la vida y pasión de Jesucristo, pensó en quedarse allí, recluyéndose en el convento que sostenían los padres franciscanos. Pero el neófito estaba muy poseído del espíritu de Dios; era demasiado puro y vehemente, y los frailes de San Francisco, que indudablemente vivían más sosegados y conformados con una existencia parasitaria y transigente, temieron que aquella alma moral y apasionada pudiera comprometerles. Decidieron expulsarlo, y lo expulsaron, aunque con blandas razones; y le recomendaron que se marchase á Europa, que les dejase á ellos en su dulce vida transigente.

Estando de vuelta en Italia, le ocurrió un sabroso percance, que retrata á maravilla el carácter español, comparado con el de otras naciones. Era en Lombardía, donde guerreaban españoles y franceses. Al pasar por un pueblo, el santo cayó en manos de una tropa de soldados del Emperador, y como es consiguiente, llevaron al preso á presencia del capitán, y éste le preguntó su nombre, su origen y categoría. Pero Loyola había adoptado el firme sistema de ocultar siempre su linaje, para que nadie le tratara según su rango anterior, sino como humilde peregrino; ahora, al ser conducido ante el capitán, se puso á temblar, como reconociendo que un español no admite negaciones y procede taxativamente. Se mantuvo firme, sin embargo,—él también era español,—y al ser inte-

rrogado por su persona, Loyola calló. El capitán se fué donde los soldados, y todo enfurecido, les dijo que por qué le traían locos á su presencia, que hartos locos había en el destacamento, y que le quitasen al preso de delante. Irritados los soldados por la soflama del capitán, cayeron á golpes sobre San Ignacio... Hasta que uno de estos soldados, compadecido de él, lo llevó á su albergue y lo alimentó.

Así son los españoles: una mezcla de verdugos y de ángeles. Nada hay en ellos de medido y lógico: proceden por arrebatos instintivos de ira ó de piedad. Con una mano golpean y con la otra acarician. Son crueles y benignos á la vez. No se sabe qué son, en definitiva.

Partió de aquel pueblo al siguiente día, y cayó preso de los soldados franceses. Pero el capitán de esta tropa, más culto y civilizado indudablemente, procedió como un europeo: acogió al santo con urbanidad, lo trató bien y lo despidió cortésmente.



CAPÍTULO VIII

El aprendiz de sabio.

Cuando se vió de vuelta en Barcelona, San Ignacio quedó lleno de perplejidad. Su vida peregrina y aventurera, por los caminos de la ingenuidad mística, había terminado. Como todos los caracteres muy activos é inquietos, que al inmovilizarse sienten un decaímiento en la voluntad y una dispersión de las ideas fijas y conductoras, San Ignacio sintió que su vida carecía de objeto. Saliendo de su casa para peregrinar hacia las cumbres divinas, tomó el aspecto de una bala, ó de una rueda que marcha ciegamente y con alegre arrebato; pero el movimiento de inercia se acabó, y San Ignacio caía en el puerto de Barcelona sin plan ni propósito alguno.

Entonces pensó que aquella fuerza que él traía dentro de sí necesitaba emplearse en algún fin du-

rable y profundo. Con el roce de gentes, con la visita de tantos pueblos y muchedumbres, se le despertó la conciencia de su gran ignorancia. No sabía nada; era un craso ignorante. La cultura fina y aguda de Italia, acaso la corrupción civilizada observada por él mismo en los estados papales, le abrió los ojos; y quién sabe si sintió también el odio hacia esa cultura del Renacimiento, que afinaba tanto el espíritu, hasta dejarlo sin ingenuidad, y, por tanto, sin fe.

Se propuso, pues, adquirir el arma de la Ciencia, para poder combatirla en cuanto fuese contraria á Cristo. A su clara y genial inteligencia se le presentó el ardid supremo, que consiste en ponerse al nivel de la Ciencia, á quien se odia, para poder dirigirla y caparle el filo. La Compañía de Jesús es la Congregación religiosa que más prosélitos ha dado á la Ciencia.

Ya tenía San Ignacio un propósito que perseguir. Se haría culto, estudiaría todo cuanto en los colegios y universidades pudiera estudiarse; y se lanzó al estudio con la energía y valor que ponía en todos sus empeños. Tuvo que vencer grandes resistencias para seguir sus estudios, porque mientras leía las declinaciones latinas y ordenaba los secos números de la Aritmética, su espíritu se evadía hacia las regiones vagas y celestes del pensamiento puro. Era mucho más cómodo para él comunicarse en éxtasis con la esencia divina, que conjugar un verbo latino. Sin embargo, su obsti-

nación y firmeza vencían todos estos inconvenientes.

Su sentido crítico analizaba cuanto caía en sus manos. Una vez, para que pudiera familiarizarse con la lengua de Cicerón, le dieron á leer algunos libros, entre ellos uno de Erasmo, que se titula *De Milite cristiano*. La sagacidad crítica de Loyola sorprendió bien proto la oculta perversión de aquella literatura de Erasmo, espolvoreada de ironía y excepticismo. El pobre Loyola, leyendo el libro que su mismo confesor le proporcionó como legítimo, sentía que su fe se le entibiaba, y que en cuanto dejaba de leer, su fervor católico se le helaba completamente... Hasta que acabó por arrojar el libro lejos de sí, condenándolo para siempre.

San Ignacio realizó una peregrinación por las Universidades que en aquel tiempo eran más famosas. Pasó primero á Alcalá, luego á Salamanca, por último á París. En Alcalá padeció miseria y hambre, y, especialmente, los insultos de la canalla universitaria. Iba á guarecerse al hospital, y después salía á pedir limosna por las puertas; y entre la miseria, la exaltada devoción y su facha poco correcta, hacían de él un tipo extraño, que en la pulcra Alcalá provocaba el escarnio y la risa. Un sacerdote, pasando al lado del santo cierto día, se le rió en sus mismas barbas, y un grupo de holgazanes que allí cerca estaba—caballeros y catedráticos—hizo coro con sus risas á la burla del eclesiástico.

Pero alguien se condolió de él y lo refugió bajo seguro, porque la crueldad española es como Dios, que aprieta, pero no ahoga. Viéndose protegido y libre de la miseria, se enfrascó en el estudio, como un ardoroso muchacho. Al mismo tiempo hacía limosnas, enseñaba la doctrina á los chicos y predicaba la ley de Dios á quien quería oirle. Sin duda, estaba predestinado para ser *fundador*. Apenas comenzada su campaña catequista, tres compañeros españoles y uno francés, se le unieron, y, entre todos, organizaron una verdadera Compañía de propaganda moral.

Por aquella época debía ser Loyola, en efecto, digno de la burla de los holgazanes; era un tipo extraño seguramente, lo que el vulgo llama un *guillado*. Pero si una parte del vulgo se burla de los guillados, hay otra porción del vulgo, sana y creyente, que ama sobremanera á los genios ardorosos, sobrenaturales, porque en ellos late un espíritu de rebeldía, ó porque ellos hablan á la triste humanidad de un ideal remoto, de una liberación justiciera, de algo, en fin, que sobrepase los términos odiosos de la triste realidad. Jesucristo se llevaba tras sí á todos los descontentos y desventurados de Judea y de Samaria, como un propagandista político de ahora arrastra á los desventurados de los arrabales urbanos.

Pero la Autoridad significa lo contrario de ese estado íntimo de descontento. La Autoridad es siempre conservadora, quietista, inmovilizante,

enemiga de los fundadores de religión y de utopias. Si á Jesucristo le perseguían los escribas de Jerusalém y los sacerdotes del Templo, hoy le perseguirían igualmente los agentes del Estado y los sacerdotes del Cristianismo. La Autoridad no quiere que nada se mueva. Es opuesta á lo exagerado y á lo genial; es partidaria del equilibrio, defensiva y ecuánime.

La Autoridad de Alcalá procedió lógicamente al poner remedio á aquel exceso de piedad. Vino, pues, un Inquisidor de Toledo, y le armaron proceso á San Ignacio. No hallándole culpa evidente, procuraron restituirlo á la corrección y ecuanimidad, y le mandaron que no andúviese descalzo, para impedir que se extendiera al pueblo su ardor religioso. La Autoridad quiere que todos los hombres cumplan las leyes y sean mesuradamente honrados; pero le tiene miedo á la excesiva honradez, tiembla ante los excesos del corazón.

A los pocos meses de su llegada, la ciudad de Alcalá estaba toda revuelta y conmovida; caballeros principales, damas nobles y ricas, profesores y escolares, andaban riñendo en pro ó en contra del santo. Nuevos procesos cayeron sobre él, y lo metieron en la cárcel; y hasta la cárcel le seguían sus adeptos, queriendo correr su suerte entera. Todo lo transformaba aquel hombre incontinente.

El cual, considerando la ciudad muy estrecha á su ambición, se fué á Salamanca, donde siguió estudiando y conmoviendo la pacífica vida de la pe-

dante Universidad. Riñó polémicas con los estirados doctores, y nuevamente su ardor catequista le arrastró á la cárcel.

Crecía su fama; ya por aquel tiempo debió sentirse destinado á grandes empresas. A medida que se zambullía en la Ciencia, veíase más fuerte y contradictor. Su ambición le espoleaba, y consideraba seguramente la estultez de la muchedumbre de los hombres, quienes requieren un amo que los castigue y dirija. Tanto crecía su ambición, que la Universidad de Salamanca también le resultó mísera y estrecha, y así resolvió marcharse á París, venciendo todas las adversidades de la peregrinación, el cambio de clima, el trato con hombres diferentes y enemigos, el hambre y los trabajos. Tuvo que mendigar otra vez y acogerse á un hospital; tuvo que ir andando á Frandes para procurarse socorros de los mercaderes españoles que negociaban en Brujas y Amberes; cruzó también el Canal y llegó á Londres, á demandar auxilio; riñó nuevas peleas con los profesores y con la opinión pública. Pero logró su objeto, que era hacerse sabio. Y logró también poner las bases de su Compañía.

Antes de entrar en París estaba ya la Compañía de Jesús en su mente ambiciosa y soberbia. Consideraba lo propicio del tiempo para toda revolución ideológica. Allá en Alemania ardía la hoguera del Protestantismo, como una reacción de la esencia moral del Cristianismo contra la cultura

sensual, neo-pagana, del Renacimiento. Entonces San Ignacio quiso también salir al paso de ese disolvente Renacimiento. Pero en lugar de ir contra Roma, fué á la misma Roma, para sostenerla, y sosteniéndola, dominarla.

CAPÍTULO IX

Ejercicios espirituales.

Cuentan que San Ignacio de Loyola, cuando hubo terminado sus estudios, y después de fundar las bases de su Compañía, hombre maduro y cansado quizá de sus trabajos sobrenaturales, sintió ese saludo silencioso de la nostalgia que aun á los espíritus más firmes les asalta alguna vez en la vida. Se acordó de su tierra natal; sintió el beso callado de los recuerdos infantiles, y toda la inocente poesía de los juegos, rincones y amigos de la primera edad se le entró por el alma adelante. Decidió entonces venir á su tierra de Guipúzcoa, que no había visitado desde que salió de ella una mañana, casi subrepticiamente, en busca de la gloria mística.

Y cuentan que al llegar á su tierra nativa, encontró las costumbres públicas sobradamente rela-

jadas. Los sacerdotes, por ejemplo, no se ocultaban en convivir con sus barraganas, y se entendía en el país que era cosa natural el concubinato eclesiástico. El mismo Fuero vascongado, en uno de sus capítulos, determinaba y esclarecía puntualmente la suerte de esas barraganas que moraban con los sacerdotes, legislando sobre el particular y dándole al asunto una sanción legal y pública. Inmediatamente que vió esta inmoralidad de derecho consuetudinario, el santo se llenó de fervor evangelista, y, predicando como solía, con unción de espíritu y energía de palabras y obras, logró moderar las malas costumbres.

Ahora que han pasado cuatro siglos, las costumbres públicas, en lo que se refiere á la concupiscencia carnal, se han reformado considerablemente. El alma de San Ignacio vela sobre los hijos del valle de Azpeitia, y puede asegurarse que en toda esta tierra no existe un sacerdote que haga escarnio de sus votos de castidad. El concubinato eclesiástico no existe ya, ni siquiera como memoria. En cuanto á los ciudadanos, obedecen también las predicaciones de su santo compatriota, y sería aventurado sospechar que en el valle de Azpeitia haya ni rastro de lascivia. Los buenos artesanos y los hidalgos ociosos, viendo que se les cierra el postigo del vicio carnal, se entregan al vicio más inocente de la gula. Las gentes de esta parte de Guipúzcoa se distinguen por su entusiasmo en el comer y el beber, alternando las comilonas con los

rezos. No en vano reside en este valle la Sede de la Compañía de Jesús, cuya Compañía, antes que nada, vino al mundo para dominar las conciencias y los apetitos de los hombres.

Ningún lugar más apropiado y poéticamente delicioso podía haber escogido la Compañía para establecer su casa fundamental y patricia. Quiso la suerte que naciera San Ignacio en este pacífico, bello lugar, apartado de las grandes ciudades, á prudente distancia del mar y protegido por una cintura de sombrosas montañas. Seducidos por lo amable del paraje, los jesuítas no vacilaron en construir aquí mismo la basílica matriz y el colegio principal, junto á la casa nativa del Santo.

Aquí se ponen también en práctica, con mayor solemnidad que en otras partes, los famosos *Ejercicios espirituales* que escribió San Ignacio en Manresa cuando aún no le había visitado más que someramente la luz de la ciencia. Desde Bilbao y San Sebastián, desde todos los rincones del país vasco, acuden continuamente hombres devotos á practicar los Ejercicios. Unos llegan atraídos por la curiosidad, otros arrastrados por su vocación; pero muchos de los que llegaron á vía de curiosidad y broma, jóvenes ligeros y curtidos en los azares del pecado, quedaron presos aquí dentro y no volvieron á salir sino revestidos del traje eclesiástico.

¿A qué se debe esta fuerza de retención y de convicción, casi insuperable, que posee la Compañía?

Indudablemente alienta en la Congregación el alma de aquel hombre estupendo, aquel Íñigo de Loyola, ejemplar único de voluntad, de constancia, de energía y de sentido de la realidad.

El nervio de estos Ejercicios Espirituales—arma suprema que esgrime la Compañía para atraer secuaces—podría sintetizarse en esta sola frase: absorción de la voluntad individual por la voluntad de la Compañía. El catecúmeno es acaso un joven frívolo, ni bueno ni malo, que ha pasado por la vida como una mariposa por entre las yerbas y las flores. Al entrar en el monasterio de Loyola le entregan una celda, alta de techo, no muy grande, con una cama pequeña en donde el cuerpo no hallará nunca un absoluto, un definitivo descanso. La ventana de la celda se abre al huerto ó á los sembrados, y la puerta da á un corredor largo y frío. Nadie le hostiga ni apremia en el primer momento. El catecúmeno es tratado como huésped, y sólo se le exige que se acomode á la distribución metódica del tiempo. La comida es amplia, abundante, pero fofa. Entre la comida central y la hora del sueño, median doce ó catorce horas, que el ejercitante emplea en detallados menesteres. Cuando se tiende en el lecho, el ejercitante está rendido, y como la cama es reducida, su sueño tiene algo de insomnio y algo de pesadilla. De este modo, á los pocos días queda el ejercitante sin voluntad, y se entrega á los maestros directores.

Viene entonces la parte principal de la campa-

ña. El catecúmeno reposa, meditando, algunos minutos en su celda; á los pocos minutos penetra en la capilla; vuelve enseguida á la celda, y de la celda á la capilla. Rendido, obsesionado por esta labor dominante, el catecúmeno escucha las predicaciones del maestro. Las predicaciones, exentas de follaje oratorio, giran siempre sobre motivos terminantes que van derechos á la razón y al sentimiento. Esgrimiendo las dos armas, el padre director se vale de su arma dialéctica, dúctil en sus manos diestras, y al mismo tiempo maneja el arma del sentimiento, proponiendo los dilemas de carácter más transcendental.

—Supóngase usted que acaba de morir su madre; ya su madre de usted ha muerto; á nadie tiene usted en el mundo; está usted solo y abandonado: si viene ahora Dios y se convierte en su amor, en su madre y en su apoyo, ¿podrá usted rehusar á Dios...?

El genio de San Ignacio era de índole activa. Cuando escribió sus célebres *Ejercicios,* ladeó sabiamente esa tentación de lo gratuíto y platónico que asalta á los inflamados en el primer momento. Sus *Ejercicios* no son un libro de apologética ó de exclamación cordial y vana; los escribió con un sentido minucioso de la realidad, y los hizo prácticos desde el primer día. Momento por momento, el Santo se somete á una auto-repartición de las ideas, de las horas, de los sentimientos. Hace el análisis de sus emociones y las clasifica; distribu-

ye las ideas por categorías; disecciona su mundo interior, y procura que la anarquía exuberante de ese mundo inflamado no se pierda en estériles redundacias. Domina su mundo interior, se domina á sí mismo: él mismo es un esclavo consciente, en aras á su voluntad de acción disciplinada. Funda, en fin, el imperio de la disciplina, de una manera única, como no hay recuerdo de otra disciplina igual.

Selló á la Compañía para siempre, con su sello de la voluntad y de la actividad disciplinada, aquel hombre formidable que la creó. Además, le infundió su alma propagandista é inflexible, dúctil cuando quiere, invasora cuando hay ocasión. La Compañía sigue el plan de su fundador. Sacaba éste sus recursos valiéndose de distintos arbitrios, unas veces pidiendo limosna, otras veces buscando apoyo en los mercaderes españoles de Flandes y Londres, marchando á pie y ayuno para buscar el pan que necesitaba para seguir estudiando en París. No le abatían los fracasos, las fatigas, las enfermedades, en su persecución del dinero necesario y de los aun más necesarios estudios científicos. La Compañía también no ha vacilado en perseguir la fortuna y el dominio, usando de infinitos medios diferentes en cada tiempo y en cada clima. Se le ve introducirse en los palacios y en las cortes de los reyes, para posesionarse de las voluntades más altas, aquellas que dirigen los pueblos y dominan, de una forma ó de

otra, las vidas y las conciencias de las muchedumbres; ó se le ve en Sud América, con una paciencia y una energía silenciosas, inauditas, penetrar en los bosques del Paraguay y del Brasil y fundar una república místico-social, que adquirió las proporciones de un imperio poderoso.

También selló San Ignacio á su Compañía con el sello del orgullo. Era, sin duda, Loyola un hombre orgulloso; en muchos lances de su vida religiosa dió muestras de una terquedad extraña, aun tratándose de autoridades eclesiásticas. Como todo hombre altivo y enérgico, convencido de su genialidad, no se resistía á las leyes y á las órdenes más severas, pero las soslayaba hábilmente, obedeciéndolas, sí, pero reservándose el derecho de apelar á otras autoridades superiores. Cuando en París le acusaban de revoltoso y de sustraer á los estudiantes de las clases en día de domingo con la excusa de emplearse en rezos y devociones, San Ignacio se mostró inflexible; le amenazaron con azotarle, y él mismo fué donde el catedrático acusador á pedir que le azotaran, con cuyo gesto logró que el catedrático se arrodillase ante él y le pidiera perdón públicamente. No contento aún, llamó en distintas ocasiones á los notarios, para que textificaran de su inocencia, y poder contradecir así á los que esparcían por España malas noticias sobre su persona. Dentro de la humildad mística, San Ignacio era un hombre altivo y orgulloso. Este altivo orgullo lo traspasó á su Com-

pañía. Y he ahí que la poderosa Compañía puede ofrecer á sus soldados, entre el disimulo del misticismo, la gloria de ese orgullo, de ese poder, de esa fuerza de dominio irresistible, y que cada uno de los soldados de Jesús se sienta orgullosamente como un nervio del ser máximo, todopoderoso, dueño de imperios y de muchedumbres, invencible al tiempo...

Paralelamente con el Protestantismo, y arrastrado por la tendencia de éste, el Jesuitismo contribuyó á una restitución del fin moral, que desde Jesús había desaparecido del Cristianismo. Fué Loyola un Lutero, sin separarse del Catolicismo. Desde un principio resalta su preocupación moral, pero moral propagandista, cualidad de las naturalezas religiosas activas. Loyola era digno del Norte, digno de ser protestante, puritano, calvinista. En cuanto volvió á su tierra natal, se apresuró á reformar las costumbres eclesiásticas, como demostrando que para las luchas contra las herejías no son suficientes las hogueras inquisitoriales, sino que se precisa la austeridad y la eficacia del ejemplo. En el barco, cuando iba camino de Jerusalém, estuvo á punto de morir á manos de la marinería por sus predicaciones intemperantes. Aunque el Jesuitismo haya sido corruptor en un sentido político y social, en cuanto á la moralidad intrínseca ha sido fiel con su sistema. Está reconocido que los jesuítas nunca incurren en faltas sensuales; que son probos y disciplinados consigo

mismos. Su conducta ha pesado sobre el clero regular y sobre las otras órdenes religiosas, espiándolos y dominándolos rigurosamente. La Roma de los Borgias, en efecto, pasó á la Historia. Pero el Catolicismo tenía grandes vicios de origen, grandes necesidades históricas, y los jesuítas se vieron obligados á respetar los «derechos adquiridos»; tuvieron, pues, que recurrir al casuísmo, esa monstruosa inmoralidad... Pero ellos no son completamente culpables. En cambio, les debe la humanidad católica su permanencia actual: sin la acción vehemente, laboriosa, tensa y apasionada, casi heroica, del Jesuitismo, á estas horas el Catolicismo, en manos de un clero egoísta, de unas congregaciones ignorantes y de un papado conscupiscente, habría terminado su trayectoria.

Los Ejercicios Espirituales son una ardiente llamada á la disciplina interior. El ejercitante necesita abrir su alma y dejarse bucear por la conciencia. Una de las armas principales de los Ejercicios es el dolor. Hacen los Ejercicios repetidas invocaciones á esa espina atravesado en todo espíritu de hombre, para que á su reacción, el espíritu del hombre busque el amparo de una fuerza liberadora que reside allá, fuera de lo existente, como un ideal inextinguible. Pero el Cristianismo es maestro en esta clase de esgrima. Desde el Eclesiastés, desde los Profetas, desde los Evangelistas, la palabra cristiana se obstina en repetir la eterna máxima: — puesto que la esencia

de la vida terrenal está saturada de dolor, el alma debe buscar en otra vida la liberación.— El Cristianismo se ha esmerado en proporcionar al hombre un «ideal de tristeza». ¡Nada tan triste, tan alucinante y triste, como el espectáculo de un montón de mujeres, dentro de una sombría iglesia, rezando el rosario con palabras angustiosas! ¡Nada tan desgarrador como el espectáculo de unos niños pronunciando con mortal salmodia las amenazas de la Letanía! Agobiada por ese ideal de tristeza, la humanidad cristiana se halla corrompida íntimamente, irremediablemente divorciada con la Naturaleza.

***

He ahí un drama intenso, el más intenso, humano y transcendental. La vida y muerte de Jesús es la más honda tragedia que compuso la imaginación del hombre; la obra de arte más profunda y duradera.

Las religiones indias se distinguen por su carácter imaginativo ó intelectual; todo el brahamanismo, y después el budhismo, son religiones que hablan al intelecto; en sus alambicadas y sutiles complicaciones del Karma, los indios tratan de investigar por medio del poder de la mente el gran secreto del Cosmos, y la posible supervivencia del ser á lo largo de los astros finitos. Mientras que el Judaísmo, padre del Cristianismo, sólo aspira á producir emociones. Deja á un lado la

investigación del Cosmos, desdeña la solución de los enigmas del más allá terrestre, y, aceptando las conclusiones rudimentarias de la ciencia de su tiempo, busca la pasión y la moral, más bien que los enigmas intelectuales. Con la ciencia rudimentaria del pueblo, con algunas tradiciones acarreadas de las razas vecinas, el hebreo arma su cosmología infantil, hace que la Tierra sea el centro del Universo, se ríe, por boca de Adán, de toda la ciencia antropológica, y marcha decidido al fondo del problema, que para él es la emoción.

El antiguo Testamento es una sucesión de episodios pasionales: Jehová se emociona en cada versículo, y transmite su emoción á todo su pueblo. Llega al fin el punto culminante de la historia hebrea, y surge el drama del Gólgota. Y desde entonces vive todo el mundo occidental como pendiente de ese episodio trágico. Ahí está, precisamente, la fuerza del Cristianismo. Su emoción, su fuerza pasional y dramática, ha secuestrado el corazón de los hombres de Occidente, y los retiene atentos, nadando en mares de sentimentalismo, á pesar de la razón y de la ciencia.

Debemos figurarnos al Cristianismo como un enorme madero que gravita sobre las espaldas de los hombres occidentales. Por natural instinto, el hombre ha sentido siempre una pueril inclinación hacia lo voluptuoso y hacia el yacimiento carnal; sentía el hombre una fuerte tendencia al goce, y se arregló de modo que su Dios fuese de una bo

nachona indulgencia para los invencibles impulsos de la carne. El Dios de Oriente se complacía viendo danzar á las mujeres desnudas, y el Dios de los griegos tampoco se ruborizaba con la desnudez de las doncellas; eran aquellos unos dioses harto indulgentes, viejos dioses cuyos ojos se alegraban ante la sonrisa de las vírgenes. Aquellos eran los tiempos de la salud, tiempos para nosotros incomprensibles; eran los tiempos en que la carne no se avergonzaba de sí misma, y en que las vestiduras servían mejor de incentivo que de ocultación. Eran los tiempos de la limpia desnudez, en que se santificaba la alegría, en que el hombre no se sentía conturbado por la sombra del pecado original; en que no pesaba sobre la conciencia de todo nacido la complicidad en un crimen espantoso; en que los pecados eran menores, y eran también menos numerosos.

Pero imprevistamente, viene un hombre salido de la Judea y le presenta al mundo una siniestra lista de «diez pecados mortales». La Humanidad, viendo aparecer aquel hombre severo, se contrista, se llena de terror, y cogiendo sobre sus hombros la pesadumbre de los diez pecados mortales, comienza á gemir y á lamentarse. ¡Hombre descomunal, gigantesco! Nadie sabe de seguro como era su constitución mental, sentimental, fisiológica. Por algunos pasajes de su breve historia, se muestra como un ser amable y tierno, enamorado de la paz de la campiña, vagabundo entre las

inocentes muchedumbres, entre los niños y las mujeres; un ser que amaba la vida sencilla y que condenaba los pecados de avaricia y de soberbia principalmente; que exigía á sus devotos bien pocos sacrificios: vivir para el amor y la pureza.

Pero en otros pasajes se presenta completamente distinto. Ahora es un ser atrabiliario y violento, intransigente, flagelador, un verdadero misógino y un hipocondriaco; ahora coge el látigo y golpea, sube al templo y perora furiosamente, mira al mundo y lo reprueba, habla del placer y lo maldice; ahora le gusta ver en el fondo de la noche la visión trágica del porvenir, como si su espíritu presintiera ya el sacrificio del Gólgota. Y habla de la muerte con preferencia á las demás cosas, como si, en efecto, el hombre naciese para morir, y no para vivir. Su ojo trágico se abre despavorido ante el abismo de la Eternidad y de tal modo la sondea, que él es por excelencia el ponderador y exaltador del abismo de la Eternidad. Después lo agarran, lo acogotan, le matan sin compasión, y sus verdugos piensan que han acogotado al enemigo de la vida. Pero es mala borradora la sangre, sobre todo para manchas de martirio y de abnegación. Los «diez pecados mortales» quedaron en pie; la Humanidad cogió sobre sus hombros los diez pecados, y comenzó su peregrinación á través del mundo y de los siglos...

Ahí está, muerto, violáceo, en su urna de cristal. La procesión del Entierro se ha parado en la

plaza, bajo el azul juvenil del firmamento; la muchedumbre se ha arrodillado; cantan los clérigos su tristísima melopea. Y yo pienso que la fuerza de esta religión de dolor estriba en su esencia dramática, y que toda ella es una exaltación sentimental, una llamada vigorosa al sentimiento ¿Y qué otra cosa hay más potente que el sentimiento? Las ideas nunca se hacen carne del todo y en absoluto; pero los sentimentos cuajan en nuestro organismo, se hacen sangre, y vienen á formar parte indivisible de nuestro ser. Por eso nosotros, los modernos, vivimos como disociados de nuetro ser interior y primitivo; la ciencia, la razón, las teorías positivas é intelectuales están en pugna y en guerra con nuestra constitución emocional. Nuestra mente es racionalista, nuestro corazón es cristiano; el Cristianismo se nos metió en la sangre, y nos convirtió en seres trágicos. Somos el resultado de una tragedia emocional, los sucedáneos del drama del Gólgota. Cada gemido de Cristo moribundo ha resonado en nuestro corazón, y una á una, todas las gotas de su sangre se han metido en nuertro cuerpo. Toda nuestra vida sentimental se nutre de aquel tremendo drama del Calvario.

El drama del Calvario nos dice que seamos siempre piadosos, que renunciemos á la ambición y al deseo, que no nos resistamos al dolor, que nos ofrezcamos humildemente á la injuría del prójimo... ¿De qué modo, con un código moral como éste, ha podido realizar el Occidente su obra de

civilización? Cabe pensar que esta obra europea ha sido hecha á pesar del Cristianismo. Allá en el fondo, dentro de la sociedad europea, ha habido como un convenio tácito de obrar hipócritamente. Se acata la moral cristiana, pero no se cumple; en la Edad Media, en el Renacimiento, en la época actual, nunca se ha cumplido. La elaboración científica, filosófica, política y social del mundo europeo ha hecho caso omiso del código moral cristiano; de otra manera, esa obra no hubiera podido realizarse.

La esencia moral cristiana, el espiritualismo cristiano gira en torno al dolor. Como el pueblo es quien más sufre, parecía que el Cristianismo debiera arrostrar la misma suerte del pueblo y ponerse á su lado... Pero modernamente, cuando ha llegado la hora de prueba, se le ha visto ponerse al lado de los felices, abandonando al pueblo ó combatiéndolo; todavía más, se ha erigido en el más fuerte paladín de los ricos, aquellos ricos que Jesucristo odiaba con una saña inacabable.

Cuando el Cristianismo era una religión *viva,* se afirmaba en el dolor del pueblo; puede decirse que nació, como una flor agria, de la opresión, de la esclavitud, de la miseria, del anhelo y de las lágrimas del pueblo. Los Evangelios rezuman piedad para el débil, para el que sufre. Rezuman también anatemas é indignación para el poderoso, para el tirano, para el que ayuda á la permanencia del dolor popular. Si las predicaciones de Jesús no son

una campaña en favor del pobre y del oprimido, contra la maldad del rico y del poderoso, no sabemos qué otra cosa pueden ser los Evangelios. El Evangelio dice que la esencia del mundo son el mal y el dolor; que los agentes del mal y del dolor son los hipócritas y los inmorales, los empleados, los sacerdotes y los poderosos; que es preciso ser buenos, para que el mal y el dolor desaparezcan; que hay que soñar en otro mundo mejor, en donde no hay escribas, fariseos ni sacerdotes. Esta unción, de amor al débil y de odio al opresor, fué la que dió alma, impulso y universalidad al Cristianismo. Pero hoy, que los débiles han puesto sobre la mesa de discusión el problema social; hoy, que se encuentran frente á frente los pobres y los ricos, los débiles y los poderosos, el Cristianismo se ha ido con los poderosos y los ricos.

Esta actitud se quiere disculpar por un motivo de utilidad social, por conseguir el orden y el equilibrio sociales. Pero Jesucristo era precisamente un adversario del orden y de la ecuanimidad; traía la guerra, y no la paz, según sus mismas palabras. Y es que toda revolución, en fin de cuentas, no viene á ser más que «un golpe de Estado». Tras el revolucionario, llega enseguida la autoridad, y la autoridad se erige en dictadura, y ella es la que se aprovecha del «golpe de Estado». Al Pontífice máximo de Jerusalem, se substituyó el Papa de Roma. Todo ha quedado idéntico.

Como nació en el tiempo de la *fuerza triunfante*,

en aquélla época saturada de las máximas de Maquiavelo, de los ejemplos de la familia Borgia y de la aberración tiránica, el Jesuitismo padeció desde su origen el mal del siglo, la ambición de la Monarquía Universal. Se apoyó en el poder, la riqueza y la fuerza, y petrificó el dogma. Todo esto proviene de un error supremo. El error supremo consiste en querer que el mundo sea un compuesto total y único, y que las cosas sean inmutables, y suponer que pueda haber algo eternamente igual á sí mismo.

Todo esto, á su vez, proviene de una ilusión suprema: la ilusión de la Eternidad...

CAPÍTULO X

La ilusión de la Eternidad.

Cuando ha mediado la vida, y cuando el hombre inteligente realiza como un alto en su camino, acude sigilosamente una idea fúnebre, la idea capital de nuestra existencia. Pensamos *que nos hemos de morir*. Hasta entonces han sido nuestros años una sucesión de momentos insconscientes; viviendo á merced de los instintos, nos hemos dejado llevar por la Naturaleza, y ella ha obrado por nosotros, como una madre providente piensa y ejecuta por sus atolondrados hijos. La responsabilidad no ha tenido aún tiempo de mostrarse: tomamos la vida que nos dan á la manera de una cantidad gratuita que se gasta alegremente. Pero llega la edad transcendental, y aparece la idea máxima: nos hemos de morir... Afortunadamente, la Naturaleza acude en nuestro socorro y logra

desviarnos de ese pensamiento supremo. Tornamos, pues, á sumergirnos en la gran ola de nuestra inconsciencia.

La Naturaleza tiene precaución de ocultarnos la idea transcendental de nuestra esencia transitoria. La Naturaleza, como buena madre, no tiene otra obsesión que esta: conservar nuestra vida. Y ella sabe que no podríamos existir, si no estuviésemos cegados por la ilusión de la Eternidad.

Todo ser vivo se cree inmortal; la misma vida siente la inmortalidad de un modo inconsciente, pero indudable. En las frases corrientes de nuestra conversación solemos intercalar palabras que reflejan esa ilusión de Eternidad, como cuando decimos, vervigracia: «Fulano se ha perdido para *siempre;* Zutano se ha arruinado para *siempre.*» Este *siempre* produce risa, á aquel que ha logrado traspasar la ilusión eterna. ¿Qué significa ese *siempre?...* Si al hombre que lo pronuncia se le interpela sobre su interpretación, argüirá que *siempre* quiere decir *toda una vida.* Pero, en realidad, ese *siempre* quiere decir, en el ánimo de quien lo pronuncia, *Eternidad.* Porque la vida, para todo hombre, y para todo ser nacido, significa lo eterno, lo que no se acaba, lo infinito.

La Naturaleza desea nuestra vida; todo el afán de la Naturaleza consiste en sostener la vida; mata á unos para dejar paso á otros, para que la vida no se interrumpa jamás. Precavida á todas horas, la Naturaleza nos envuelve en un doble manto de

ficciones. Así es como logramos creer, pero de un modo absoluto, que *nunca más estaremos enfermos*. Apenas hemos salido de una enfermedad, cuando en los albores de la convalecencia se nos muestra la vida perfectamente curada. Aun el hombre más débil, enfermizo y sujeto á la fatalidad de crónicos achaques, cree íntimamente que la enfermedad recién pasada será la última. Obligado á reflexionar, confesaría que su hígado está dañado ó que su estómago padece de una hipercloridria orgánica; confesará que nuevos achaques volverán, lógicamente, á asaltarle; pero en el fondo del ser, en lo íntimo de su naturaleza, brincará de gozo y de convicción la seguridad de su eterna salud. Todo esto nace de la ilusión de la Eternidad.

Si leemos un libro viejo, se nos figura cosa infantil y cándida: tenemos una sonrisa, no confesada, para aquellos poetas y filósofos que escribieron hace muchos siglos. Nosotros mismos creemos que *ahora es cuando pensamos bien del todo*. Al tender la vista hacia atrás, vemos las ideas que teníamos hace cuatro años, y las consideramos flojas é inconsistentes. Sólo tenemos fe en el momento actual, y á las ideas anteriores las abandonamos cobardemente. Esto nace también de la ilusión de la Eternidad. Como es fruto de la misma ilusión el *instinto conservador* de toda criatura, el deseo de que las cosas actuales se cristalicen, el querer que las ideas, las costumbres y los sentimientos de ahora sean los definitivos; la ambición

de detener el tiempo, de inmovilizar el *presente*... De ahí proviene el dolor del cambio, la resistencia ante la diaria variación, el sentirse toda criatura furiosa y bárbaramente conservadora.

Quienes han estudiado el carácter de los japoneses, afirman que esos hombres extraños se distinguen por un sentido profundo de la *impermanencia*. El japonés, según la opinión de algunos sagaces viajeros, se considera como una parte adyacente del Todo, acepta sumiso esta modesta situación secundaria y deja que la mano del Destino lo mueva y lo traslade de un lugar á otro, de la dicha al dolor, como á una yerba ó como á una onda. El japonés, penetrado de esta ley de su impermanencia y accidentalidad, levanta sus edificios con maderas y materiales livianos, cuelga de las paredes cuatro pinturas someras, tiende una esterilla en el suelo, y aguarda: aguarda á que el viento del Destino empuje su casa y lo empuje á él, ó los derribe y anule á los dos. Ninguna fatiga asalta al japonés cuando la necesidad le obliga á cambiar de residencia: en un breve carrito cabe todo su ajuar, y su linda esposa, sus menudos hijitos, forman parte del ajuar, y todos juntos pasan, viajan, se instalan en distinto lugar. Aquellos hombres no se obstinan en desafiar al tiempo ni á los dioses; no tienen, como los pueblos de raza blanca, la leyenda de la torre de Babel, erigida para escalar el cielo y servir de solio á la eternidad del ser humano. Sino que aquellos hom-

bres, como una hoja que conoce la veleidad del viento, se resignan á pasar, á no permanecer, á sumergirse luego en el Todo, como un latido imperceptible de la brisa.

Los pueblos occidentales se rigen por ideas completamente antagónicas á las de los japoneses. Como tipo de pueblo *permanente,* embargado por la ilusión de la Eternidad, tenemos al pueblo romano. Construía Roma para la Eternidad, y cada piedra de sus acueductos ó calzadas, cada pilar de sus templos ó arcos triunfales, llevaba en sí la convicción de lo eterno é inmutable. Las inscripciones romanas llevan el sello de la mayor ilusión, por no decir de la mayor soberbia; sus frases tenían la fuerza de una voluntad autoritaria que imponía á los siglos la ley de Roma. Este pueblo inaudito sentía profundamente la evidencia de su inmortalidad. Creíase el centro del mundo, el corazón de la Tierra, y creía que su *momento actual,* su momento histórico sería el momento definitivo, central, culminante, inmutable de la Eternidad. Surge del pueblo romano un aura de infinita soberbia, y también de infinita candidez ó locura. Ningún pueblo ha caído tan profundamente en la ilusión de la Eternidad. Es seguro que de ahí le vino su grandeza, su fuerza no superada antes ni después. Pero de Roma, de la locura de Roma, nos viene á nosotros esta saturación redundante y ampulosa de la ilusión de la Eternidad.

Roma, á su vez, se dejó saturar por Grecia. Era

Grecia, acaso, un pueblo de gentes geniales, pero vanas y regularmente teatrales. Los griegos, si no inventaron ellos mismos la idea de la *gloria,* por lo menos diéronle á esa idea la amplitud y consistencia con que ahora la vemos nosotros. La ilusión de la gloria es una consecuencia de la ilusión de la Eternidad: sintiéndose el hombre eterno, inventó el elogio inmortal, ó sea la gloria. ¿Qué pueblo puede inventar la gloria, si no es un pueblo teatral, vano é infantil? La estatua, la idea de la estatua, ¿no es la petrificación de una vanidad? Y la idea de la estatua, ¿qué es sino la inmovilización del gesto teatral, y un mentís de piedra á la evidencia de la muerte y cambio de todas las cosas?

El pueblo griego nos ha condenado á la teatralidad de la estatua; nos ha saturado de la ficción de la gloria inmortal. La gloria inmortal es producto de un pueblo que se figuraba, estúpidamente, ser el ombligo del mundo, el centro matemático del Cosmos; un pueblo miope que no veía su pequeñez, y tan fanfarrón, que se creía eterno, único, principio y fin de toda la Historia. Con tal concepto de sí mismo, ese pueblo consideraba, por consecuencia, que aquello que en Grecia merecía la inmortalidad, lo sería también en el tiempo y en el espacio infinitos; que cada gesto de sus corredores olímpicos, que cada frase de las madres espartanas, merecía inmovilizarse en el mármol y en el bronce, y pasar á la posteridad. De ahí nos viene el teatralismo de la estatua. La convención

y el absurdo de la estatua trae su origen de aquel pueblo iluso y vano. Homero, Sócrates, Píndaro, ¿quién está seguro de conocerlos tal como ellos eran? La estatua, el ademán teatral de la estatua, el gesto de la inmortalidad, nos han robado la verdadera arquitectura personal de aquellos hombres. ¿Cómo eran, quiénes eran?... No lo sabemos. La niebla del panegírico, la obsesión teatral de lo eterno nos los han ocultado.

¿Y quién pone su ilusión en la eternidad de los libros, de las ideas, de las obras artísticas? Los pueblos se suceden y amontonan; pasan las generaciones á millares; cada generación trae su fatiga de libros, ideas y arte, y con los actuales medios de propagación, con la cultura intensa y extensa, el mundo sufre un verdadero embarazo de producciones. El mundo es pequeño para contener tantas obras. Las bibliotecas y los museos se hinchan plenamente. Una imaginación febril puede asistir, en un plazo no muy remoto, al desborde, á la rotura hipertrófica de las bibliotecas y de los museos... Será necesario eliminar deliberadamente, junto con la eliminación natural del mismo tiempo. ¿Quiénes quedarán al cabo de esa eliminación? Y vendrán nuevas eliminaciones, sucesivos espurgos... Nuestros libros y nuestras ideas, nuestras obras amadas, irán desapareciendo, para dejar paso á las nuevas obras... ¡Oh, sueño de la inmortalidad, qué frágil y engañoso eres! Morir, morir; éste es el sino, lo mismo para los seres como para

los libros, para las ideas, para las glorias más grandes. El hijo nuevo é impaciente pide al padre lugar y espacio donde vivir; las ideas de nuestras ideas pedirán que nuestras viejas ideas cedan el paso, hagan lugar, mueran, se sacrifiquen á la juventud de las ideas sucesivas.

El Cristianismo bebió en la Roma imperial su sueño de eternidad. Quiso ser eterno, lo mismo en el Cielo como en la Tierra. Para las almas preparó un reinado celeste, en que el goce y el arrobo divino no estarían sujetos á la ley terrena de la muerte, y para los hombres vivientes preparó un imperio sacerdotal y litúrgico que invadiría la Tierra y quedaría dueño de la Eternidad. El sueño del Papado es la más alta expresión de la ambición eterna y del centralismo. Con Roma por centro del mundo político y con la inmovilidad del dogma y de la liturgia, el Catolicismo aspiró á contravenir las leyes naturales, deteniendo el tiempo, anulando la necesidad del cambio y la sucesión, como en otra fecha célebre contravino Josué las leyes físicas deteniendo el Sol en el horizonte.

Una catedral es un altivo reto á la muerte. Se levantan las torres hacia el Cielo, como gigantes soberbios y autoritarios; las naves, altas y grandiosas son una copia de la bóveda celeste; el órgano es un gigante de música, cuyas voces retumban sonoramente, al modo de una voz mundial. Los sepulcros que yacen en el hueco de las capillas parecen también un reto á la ley del morir; allí los

obispos descansan en efigie, sobre el mármol del sarcófago, con sus vestiduras litúrgicas, con sus mitras y sus báculos mandatarios; allí los señores y guerreros, armados de todas sus armas, simulan aguardar la voz que los haga levantarse y salir nuevamente á caballo por lo ancho de sus feudos. Aunque todo hable en una catedral de la muerte, desde las cruces hasta los cánticos del coro, sin embargo, toda la catedral está protestando soberbiamente contra la idea de morir, de desaparecer. Una catedral es como un sepulcro inmenso; pero el sepulcro, ¿no es una protesta contra la ley de desaparecer? El cuerpo sumiso se entrega á la tierra, su madre, para que ella lo descomponga y lo convierta en nueva vida; el cuerpo altivo se oculta en un sepulcro para eludir la ley del desaparecer... Pero la muerte es más fuerte que los sepulcros. Las catedrales góticas, sueño arquitectónico de una mente febril, se caen, mueren con una rapidez que mueve á melancolía.

El Universo es infinito: no tuvo principio ni tendrá fin: no ha empezado nunca, no terminará jamás. Todo cuanto ve nuestra mirada no es más que un punto en el infinito. Y todavía: nada es pequeño ni grande. No tiene valor el tiempo, puesto que no hubo principio ni habrá fin; el nacer y el morir son palabras ilusorias, si tenemos presente la idea del Infinito. El Infinito es inmutable, estable, igual á sí mismo siempre. ¡Alma humana, abandona tu ilusión!

El problema, pues, estriba en tener una noción finita del mundo, ó una noción infinita; en considerar al tiempo como limitado, ó como eterno; en mirar al hombre como punto central del Universo y consecuencia del mismo Universo, ó mirarlo como un accidente cualquiera, incógnito dentro del gran incógnito del Universo. Creyendo en lo finito del Universo, todas las demás creencias son lógicas y necesarias; el Universo, entonces, girará en torno del hombre, y un Dios providente, celoso, atento, hará que el Universo desarrolle sus maravillas para el servicio del hombre. Pero teniendo la conciencia clara y alucinadora del Infinito, entonces todo se transtrueca y el hombre se llena de humildad y de resignación...

Es cierto que tales teorías no son convenientes para una acción social nutrida. La muchedumbre necesita ser espoleada por ilusiones, y lo que más vivamente mueve á los pueblos son los ideales; el ideal es ilusión. Roma se creía eterna, construía sus monumentos y sus leyes para la Eternidad, y de allí le vino su grandeza. ¡Quién sabe si para ciertas ideas resultará conveniente el sistema aristocrático! Al vulgo no le pertenecen ciertas ideas, sino á unas pocas almas fuertes y aptas.

Pero el individuo que aspire actualmente al heroísmo ó á un sacrificio extraordinario, deberá suprimir la ilusión de la Eternidad. Librado de esa ilusión, el héroe se sentirá ágil, como con alas, flotando sobre lo imprevisto, sonriendo á todos los

eventos y dispuesto en todo instante á sumergirse en los más temerosos mares. De la conciencia del Infinito le vendrá al hombre una visión panteística; se sentirá formando parte de toda la humanidad, tanto de la de atrás como de la de adelante, como una célula se siente hermana de las otras células del cuerpo; y hasta se sentirá hermano de las piedras y de las flores, de la onda marina y de la ráfaga de viento. Y no sólo ahora, sino siempre: hermano de todas las cosas que existen y existirán en el Infinito. Y un gran amor nacerá en el corazón de ese hombre, al renunciar á su soberbia ilusión individual, exclusiva y eterna. Amor por sus hermanos el viento, las flores, las piedras, los hombres.

Saturado de la idea de su fugacidad, el individuo verá que un valor inusitado se le entra dentro del ser. El Fatalismo de las cosas «que son porque debían ser», lo convertirá como en una hoja al viento. Sabrá que todo lo que existe es lógico y sabio, por sólo el hecho de existir, y que las cosas no podían ser de otra forma que son. Sabrá que el Destino mueve las ruedas invisibles de los acontecimientos. No temerá al Destino, sino que lo amará. Y no tendrá reparo en darle carnada al acaso, en lanzarse al centro de la ola del Destino, sin miedo á las contingencias, ni al dolor, ni á la muerte...

La Compañía de Jesús quedó preñada desde su origen por la ilusión de la Eternidad: Íñigo de

Loyola quiso hacerla de modo que resistiese á los siglos. Pero ahora, en nuestros tiempos febriles, cambia todo rápidamente, y las soluciones vienen también rápidas y perentorias. La esencia de nuestro tiempo es la velocidad: se quiere correr cada día más velozmente, y la locomotora resulta pesada, el automóvil tardo, el aeroplano parecerá pronto demasiado lento. Vienen y se van las modas con una celeridad de relámpago. Lo que ayer gustaba, hoy fastidia. Los nervios siempre en tensión, he aquí llegada la hora de lo ligero, de lo sutil, de lo cosmopolita.

Y dentro de esta vorágine acelerada, el Jesuítismo, sorprendido por los acontecimientos, se ve rezagado enormemente, fuera de tiempo, inactual, é incapaz de ponerse al paso del mundo. Se le ve perplejo, triste, con toda su balumba de grandezas, tan sabiamente combinadas, desmoronándose sin remedio.

FIN

ÍNDICE

Capítulos.		Páginas.
I.....	La patria de San Ignacio.....	5
II.....	Dentro del templo.	17
III....	La religiosidad vascongada.....	33
IV....	La infancia de Loyola.....	51
V.....	La conversión.....	71
VI....	Misticismo y picarismo.....	85
VII...	El místico vagabundo.....	107
VIII...	El aprendiz de sabio.....	119
IX....	Ejercicios espirituales.....	127
X.....	La ilusión de la Eternidad.....	145

BIBLIOTECA RENACIMIENTO
V. PRIETO Y C.ª EDITORES • PONTEJOS, 8 •
MADRID • • • • • • • • • • • • • • •

SERAFIN Y JOAQUIN ALVAREZ QUINTERO
COMEDIAS ESCOGIDAS • LOS GALEOTES
EL PATIO • LAS FLORES • Un tomo, 3,50 pesetas.

PIO BAROJA • CESAR Ó NADA (NOVELA),
4 pesetas • • • • • • • • • • • • • • •

JOAQUIN BELDA • LA FARANDULA •
(NOVELA), 3,50 pesetas • • • • • • • • • •

RICARDO LEON • EL AMOR DE LOS
AMORES (NOVELA PREMIADA POR LA REAL
ACADEMIA ESPAÑOLA), 3,50 pesetas • • • •

G. MARTINEZ SIERRA • TEATRO DE EN-
SUEÑO, 4 pesetas • • • • • • • • • •

CONDESA DE PARDO BAZAN • DULCE
DUEÑO (NOVELA), 4 pesetas • • • • • •

RAMON PEREZ DE AYALA • A. M. D. G.
(LA VIDA EN LOS COLEGIOS DE JESUÍTAS),
3,50 pesetas • • • • • • • • • • • • • • •

FELIPE TRIGO • LAS POSADAS DEL
AMOR, 3,50 pesetas • • • • • • • • • •

MIGUEL DE UNAMUNO • POR TIERRAS
DE PORTUGAL Y DE ESPAÑA, 3,50

ALBERTO INSUA • LA MUJER DESCO-
NOCIDA (NOVELA), 3,50 pesetas • • • •